ÁGORA PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO

NÚM 27 MONOGRÁFICO SOBRE LUIS ALBERTO DE CUENCA Abril 2012

ÁGORA

PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 27. Boletín digital 12
MONOGRÁFICO
LUIS ALBERTO DE CUENCA
ABRIL 2012

Co-directores:

Fulgencio Martínez

Francisco Javier Illán Vivas

Colaborador informático:

Javier Israel Illán

Portada: Mª Carmen Pujante Sánchez

Vive en Molina de Segura (Murcia). Pintora con exposición reciente en Madrid, y en pocas fechas, en Cáceres.

Los textos publicados en Ágora son inéditos (salvo indicación expresa) y su copyright, así como el de las ilustraciones, es propiedad de sus autores. Ágora no se responsabiliza de las opiniones expresadas por ellos. EL TITULO, DISEÑO Y CONTENIDOS DE ESTA REVISTA ESTÁN PROTEGIDOS LEGALMENTE: LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES NO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN OTRO MEDIO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES DE LOS MISMOS.

Caesar non est supra grammaticos

EDITA: Taller de Arte Gramático

Depósito Legal: MU-0195-998

ISSN: 1575-3239

La revista impresa puede adquirirla solicitándola en nuestro email de contacto, o a través de la librería Diego Marín (www.diegomarin.com) o en librería González Palencia (tno. 968 201443, e-mail: gonzalezpalencia@diegomarin.com), o en www. nausicaaedicion.com
CONTACTO: agora@emurcia.com

BLOG de la revista, realizado por Francisco Javier Illán Vivas:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com

Cómo publicar en *Ágora, papeles de Arte gramático*:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com/2009/10/como-colaborar-en-agora.html.

SUMARIO

PORTADA: *Venus de Willendorf*. Mª Carmen Pujante Sánchez

4 **OBERTURA DE LOS MUNDOS Y LOS DÍAS. TEXTO DE LUIS ALBERTO DE CUENCA**
Mis traducciones poéticas. Por Luis Alberto de Cuenca

14 **EMBAJADAS EN EL REINO BLANCO. ARTÍCULOS SOBRE L. A. DE CUENCA**
Esbozo de Luis Alberto. Por Eloy Sánchez Rosillo
17 *Historia y poesía*. Por Francisco Javier Díez de Revenga
20 *Amigo de la línea clara. Una semblanza de Luis Alberto de Cuenca.* Por Eduardo Segura
23 *Luis Alberto de Cuenca y de la Vega de Molina*. Por Eduardo Contreras Linares
26 *La poesía que creí escrita para mí*. Por Francisco Javier Illán Vivas
29 *El más inteligente de la movida*. Por Fulgencio Martínez

31 **LOS DONES DE LA CAJA DE PLATA. POEMAS Y PROSAS DE LAC PUBLICADOS EN LA REVISTA *ÁGORA***
Los gigantes de hielo
32 Vuelve Guillermo de Aquitania
33 La sirenita
34 Cinco textos en busca de imágenes
38 La ciega y el lector
39 Happy family
40 Central termoginética
41 Recuerdos de infancia
42 Mujeres en ninguna parte

45 **POR FUERTES Y CALLES DEL TIEMPO. CONVERSACIONES CON... LUIS ALBERTO DE CUENCA.**
Entrevista de Fulgencio Martínez a Luis Alberto de Cuenca

55 **SCHOLIA. ARTÍCULOS SOBRE LIBROS DE LUIS ALBERTO DE CUENCA**
"Por las calles del tiempo". La antología personal de Luis Alberto de Cuenca. Por F. Martínez
61 "*Nombres propios*". Por F. J. Illán Vivas
62 *Luis Alberto de Cuenca y el mundo de la viñeta.* Por Pilar Quirosa-Cheyrouze
65 "*El cuervo y otros poemas"*. Por F. J. Illán Vivas
66 *"Embrujado jardín". Antología de Luis Alberto de Cuenca.* Por F. J. Illán Vivas
67 "*La mujer y el vampiro*", *de L. A. de Cuenca.* Por F. J. Illán Vivas
68 *"El reino blanco", de Luis Alberto de Cuenca.* Por F. J. Illán Vivas

69 ***UN VERSO CON AMIGOS. POEMAS DEDICADOS A LAC***
Asalto, de Isabel Martínez Miralles
70 E-mail a Luis Alberto de Cuenca, de Antonio Marín Albalate
71 Singladura, de Manuel Moyano
72 La joven que leía con asombro a Luis Alberto de Cuenca, de Noelia Illán
73 Poemas de Irel Bermejo inspirados en los versos de LAC
76 El amigo del poeta, de Fulgencio Martínez

77 **LE PETIT DÉJEUNER *ANTOLÓGICO. EN TORNO AL POEMA "EL DESAYUNO"***
Luis Alberto de Cuenca: Poesía de ida y vuelta. Aproximación didáctica. Por Marta Zafrilla

88 ***UT PICTURA. ILUSTRACIÓN DE Mª CARMEN PUJANTE SÁNCHEZ***

OBERTURA DE LOS MUNDOS Y LOS DÍAS. TEXTO DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

MIS TRADUCCIONES POÉTICAS

Tendría yo doce o trece años cuando cayó en mis manos una edición decimonónica de *La légende des siècles* de Víctor Hugo que perteneció a mi bisabuelo, el poeta festivo Carlos Luis de Cuenca (1849-1927). Sé que ese libro pasó luego a formar parte de mi biblioteca, pero renuncio a intentar encontrarlo en la cada vez más inextricable selva bibliográfica en que se ha convertido mi casa. Recuerdo con una viva emoción mi primer contacto con la obra de Hugo, y recuerdo también que la lectura de sus inmortales alejandrinos hizo que surgiera en mí, de forma espontánea, el deseo de trasladarlos a unos perecederos alejandrinos castellanos de los que no conservo copia alguna, pero que me consta existieron. Fue así como perdí mi virginidad como traductor de poesía: intentando ubicar en el pentagrama castellano la insuperable música francesa de *La légende des siècles*.

Situémonos ya en mis tiempos universitarios. Decidí estudiar Filología Clásica para poder codearme con los autores de la Antigüedad en su propia lengua, fruto tal vez de la fascinación que Virgilio y Homero produjeron en mí en el curso Preuniversitario, donde tuvimos que enfrentarnos monográficamente con extractos de la *Eneida* editados y comentados por Santiago Segura Munguía y con un florilegio de la *Ilíada* y la *Odisea* publicado por la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Comencé estudiando Filosofía y Letras en la Universidad Complutense, pero muy pronto, recién terminado primero de Comunes, trasladé mi expediente a la Autónoma, tras las huellas de mi maestro, el príncipe de helenistas Manuel Fernández-Galiano (1918-1988).

Galiano fue un gran traductor y, lo que es más, un gran experto en temas de traducción. A él se debe, por ejemplo, el tomo de *Epigramas helenísticos* que constituyó, a finales de los setenta, la primera entrega de la *Antología Palatina* en la Biblioteca Clásica Gredos (tuve el honor de hacerme cargo de la revisión de ese volumen). Don Manuel se fue al otro lado del espejo sin haber publicado una magnífica versión de los poemas de Cavafis que me había enseñado muchas veces, en su despacho del CSIC, con orgullo y complicidad. Me acuerdo de una mañana de invierno -segundo curso de carrera en la Autónoma, caserón de Alfonso XII, 3- en que Galiano nos encargó que trajéramos de casa al día siguiente una tirada de trímetros yámbicos de la *Antígona* trasladados a alejandrinos españoles. Hablaba Creonte, me parece, porque había un verso que traduje por: «Yo soy el que detenta todo el poder del trono», utilizando mal el verbo «detentar», pues el tirano mal podía decir de sí mismo que «detentaba» el poder, o sea, que poseía ilegítimamente algo que creía poseer con todas las de la ley, como les pasa a todos los tiranos. (El caso es que con «detenta» salvaba el alejandrino y con «ostenta», por ejemplo, no, aunque diese mucho mejor sentido.)

Mi segundo maestro de la Autónoma, esta vez latinista, Miquel Dolç, era otro traductor de campanillas, que había vertido al catalán a poetas como Marcial o Persio, que no son precisamente una bicoca dentro de las letras latinas. El tercero, el también latinista Antonio Fontán, se había dedicado a la prosa más que al verso, centrando su labor traductora en Cicerón y Tito Livio, entre otros. Les cuento todo esto para que se hagan idea de lo propicio para la traducción que resultaba el ambiente reinante en la especialidad de Filología Clásica de la Autónoma de Madrid allá por los primeros años setenta del siglo pasado.

A la hora de elegir tema para la Memoria de Licenciatura, pensé primero en el *Digenís Akritas*, el poema épico bizantino, que a mí me parecía el colmo del glamour literario, pero Galiano me convenció para que me ocupara de un autor helenístico, uno de esos tipos decadentes contaminados por la erudición alejandrina, que también me gustaban muchísimo. Quién mejor que Calímaco de Cirene (siglo III antes de Cristo) y qué mejor, dentro de la obra calimaquea, que su producción epigramática. En los 63 epigramas que se nos han conservado íntegros de Calímaco hay momentos poéticos felicísimos. Mi tesina consistió en editarlos, traducirlos y comentarlos. La defendí en diciembre de 1973, unos meses después de haber acabado la carrera, y la publiqué inmediatamente después en cinco entregas consecutivas de la revista *Estudios Clásicos*, aunque mis epigramas «definitivos» de Calímaco fueron los que incluí en el volumen de la «Biblioteca Clásica Gredos» a él de-

dicado, donde también vertí sus preciosos *Himnos* al castellano (Madrid, 1980). Para forjarse una idea de los niveles de elitismo a los que pudo llegar el bueno de Calímaco no hay más que recordar el epigrama XXVIII de mi colección; dice así:

Odio el poema cíclico, aborrezco el camino
que arrastra aquí y allá a la muchedumbre,
abomino del joven que se entrega
sin discriminación, y de la fuente
pública jamás bebo: me repugna
todo lo popular?

(Calímaco rivalizaba con Apolonio, de quien detestaba sus *Argonáuticas*, ejemplo para el de Cirene de empresa literaria trasnochada.) Otro de los epigramas calimaqueos, el LIII, nos habla de un muchacho que se suicida para desprenderse de su cuerpo y vivir para siempre cómodamente retrepado en la inmortalidad de su alma (cosas que pasan si uno lee a Platón):

Diciendo adiós al sol, Cleómbroto de Ambracia
desde lo alto de un muro saltó al Hades.
No lo había llevado ningún mal a la muerte,
pero había leído Sobre el alma, *el tratado*
de Platón.

Enfrentarme a Calímaco y, a través de él, a la *Antología Palatina*, dejó en mí una huella indeleble. Toda mi poesía llevaría, a partir de entonces, la inconfundible marca del epigrama alejandrino, que se adaptó estéticamente a mi facultad creadora con la misma doméstica suavidad con que el «guante de ante» se adaptaba a «la blanca mano de azuladas venas» de Felipe IV en el poema de Manuel Machado. Y esa fusión de lo epigramático con mi concepto de la poesía amenaza con acompañarme hasta el sepulcro.

Del parnasianismo alejandrino pasé sin transición al Medievo, que me había fascinado desde pequeño, tal vez desde que cayera en mis manos, cuando tenía nueve o diez años, una versión para niños de *The Idylls of the King* («Los idilios del rey») de Tennyson, con láminas en color, que me abrió de par en par las puertas del arturismo y de la llamada Materia de Bretaña. Escogí como campo de operaciones de mi primera incursión en la literatura medieval los bellísimos *Lais* de María de Francia, una noble normanda del siglo XII que se inspiró para escribirlos en los lais anónimos bretones. Poesía plenamente narrativa la de María, pero con momentos líricos insuperables. La benemérita Editora Nacional de entonces, y dentro de ella la colección «Alfar», dirigida por el poeta Diego Jesús Jiménez, acogió mi versión de nueve de los *Lais* con el texto original al frente, para facilitar el acceso al francés medieval: era la primavera de 1975, todavía no se había muerto Franco y yo estaba a punto de leer mi tesis sobre otro poeta helenístico, Euforión de Calcis, una especie de Góngora *avant la lettre* del que sólo se conservan fragmentos, algunos de

ellos bastante largos y de procedencia papirácea, lo que siempre oscurece y dificulta la exégesis textual. Mi traducción de los *Lais* fue, cronológicamente hablando, y me enorgullezco de ello, la primera de María de Francia que se publicaba en lengua castellana. Más de diez años después, en 1987, saqué en Siruela todos los Lais ¿doce? de María en un libro de la colección «Selección de Lecturas Medievales» hoy por desgracia agotadísimo. Tengo que ocuparme sin falta de su reedición.

Llegó junio del 76, el año del bicentenario de la revolución norteamericana, y defendí mi tesis doctoral en la Autónoma de Madrid sobre el tal Euforión. Unos meses después de leerla, la publiqué íntegramente en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, entonces presidida por Fernández-Galiano, quien hizo una labor ejemplar al frente de esa institución, ubicada en un delicioso hotelito de la calle de Serrano, fronterizo con la Residencia de Estudiantes y la sede central del CSIC. Euforión, créanme, roza lo delirante, si es que no incurre abiertamente en lo frenético. ¿Qué me dicen de estos tres versos, pertenecientes al fragmento 67 de mi edición?

¡Oh, purpúreo jacinto!, una fábula dice
que brotaste, quejándote con letras, de la sangre
del Eácida caído en las reteas arenas.

Miga tiene la cosa, cuando no morbo, amigos: los antiguos creían leer en los pétalos del jacinto las letras del lamento AI, en recuerdo de la tristeza de Apolo por la muerte de su amigo Jacinto; el Eácida es Ayante Telamón, y del adjetivo «reteas» algo se cuenta, y todo bueno, en la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa. En suma: un verdadero galimatías.

Para conjurar la soledad hermética en que me había sumido el trato asiduo con el de Calcis, me puse a traducir, a medias con Carlos García Gual *El Caballero de la Carreta* de Chrétien de Troyes. Lo publicamos en Labor, con cubierta de Howard Pyle. Otro contacto, pues, con el verso narrativo de los r*omanciers* franceses del XII, tan sugerente como necesario para el alienado filológico que era yo entonces (mis colegas de generación se frotaban las manos y comentaban: «Luis Alberto ha dejado de escribir poesía; se dedica a descifrar papiros y cosas por el estilo; la Musa lo ha abandonado definitivamente»). Nuestro *Caballero de la Carreta* apareció en 1976, con largo estudio preliminar; luego pasó al catálogo de Alianza a comienzos de los ochenta y allí sigue vendiéndose hoy en día: debe de andar, y no exagero, por la duodécima reimpresión.

Sin abandonar la Edad Media, y en colaboración con el variopinto y cultísimo Miguel Ángel Elvira, historiador del arte grecorromano y viejo compañero mío de estudios en primero de Filosofía y Letras, volví mis ojos a la Provenza, donde se produjo, a finales del siglo XI, la segunda fundación de la lírica occidental (muchos siglos después de la primera fundación, llevada a cabo por Safo, Alceo y compañía, todo hay que decirlo). De mi paseo traductor por la soleada Provenza tuvo la culpa, cómo no, el maestro Martín de Riquer, cuyos libros me habían enseñado todo lo que es posible saber acerca de la lírica provenzal

trovadoresca, y ello desde que compré en 1972 en la librería Tombolini de Roma, via Quattro de Novembre, 146, y en compañía de mi amigo Alberto Fernández de Trocóniz, su *Lírica de los trovadores* de 1948, una de sus primeras, y ya sobresalientes, aproximaciones a un tema que conoce como nadie.

Qué podría decir de Guillermo de Aquitania. Fue el primer poeta moderno. Tradujimos entonces (Editora Nacional, colección «Alfar», 1978) todas sus canciones. E hicimos lo mismo, y en el mismo volumen, con Jaufré Rudel. Años después retomaría yo en solitario, sin Miguel Ángel a mi lado, la versión española de las canciones de Guillermo (Siruela, 1983 y 1988), pues habían visto la luz una serie de trabajos críticos que abrían paso a nuevas interpretaciones y, por lo tanto, a nuevas posibilidades de traducción. Siempre que he traducido poesía provenzal, he ofrecido el texto original al frente, para el oportuno cotejo por parte del lector. *Farai un vers de dreyt nien* es el primer verso de la primera canción del duque de Aquitania: «Haré un poema de la pura nada». Siempre me ha obsesionado ese verso, entendiendo por «siempre» un lapso de tiempo importante, de más de treinta años. Tengo varias versiones castellanas de esa canción. Y seguiré urdiéndolas, me temo, o combinándolas con poemas propios inspirados en ese inimitable primer verso de la poesía europea contemporánea. Jaufré le dice menos al poeta que se obstina en vivir en mí, pero no deja de interesarle, y mucho, y de una forma agradecida y chispeante, al lector que me complazco también en ser. Casi todos los trovadores provenzales fueron, además de unos poetas extraordinarios, unos personajes enormemente curiosos. El duque Guillermo, por ejemplo, llegó a fundar una abadía de monjas para esconder allí a sus amantes. Jaufré Rudel se enamoró *de lonh*, a partir de un retrato, de una princesa que vivía al otro extremo del Mediterráneo (recuérdese la pieza teatral que Edmond Rostand, el autor de *Cyrano de Bergerac* dedicó al asunto, con el título de *La princesse lointaine*) y se embarcó hacia Oriente en su busca, consiguiendo tan sólo fallecer en sus brazos en la playa de Trípoli (imagino que en Trípoli del Líbano, no en Trípoli de Libia, por aquello de la proximidad con el mitológico escenario de las Cruzadas, hoy reducido a un simple episodio comercial por quienes se empeñan, equivocadamente, en explicarlo todo por razones puramente económicas).

En ese mismo año de 1978, Antoni Bosch me publicó en la editorial que llevaba su nombre dos libros: uno de versos, *Scholia*, y otro misceláneo, titulado *Museo*, concebido en la estela de antologías de Borges y Bioy como el *Libro del cielo y del infierno*. En *Museo* reuní una buena parte de mis obsesiones textuales de entonces (y de ahora). Figuraban, cómo no, unos fragmentos de la *Epopeya de Gilgamesh* (traducidos por mí del francés, del inglés, del alemán y del italiano a la vez), un epigrama de Calímaco, canciones provenzales, versiones propias de «La Dama de Shalott» (el poema de Tennyson que tanto inspiró a los pintores prerrafaelistas), del «Prometheus» de Goethe y de un cuento de Wilhelm Hauff, etc. La versión que más me sigue gustando es la de «La Dama de Shalott»: no es fácil traducir la música verbal de Tennyson a música verbal de otra lengua. Se diría que el autor de los *Idylls of the King* no puede concebirse fuera del inglés, o sea, fuera de su marco lingüístico originario. Y es que los grandes autores de la literatura universal se identifican con la lengua en que escriben de una manera tan íntima que resulta difícil compartir con ellos un ámbito de intimidad en otras lenguas, por cuidadoso que haya sido el proceso de traslación. Yo creo

que mi versión de «La Dama de Shalott» consigue reflejar en castellano la atmósfera lingüística del inglés victoriano en que fue escrito sin traicionar ni desvirtuar el impacto retórico y la viveza plástica del original.

Eurípides fue uno de los grandes autores grecolatinos que antes se completó en la «Biblioteca Clásica Gredos». Entre las obras euripideas que albergaba el tercer y último tomo, publicado en 1979, había dos, la *Helena* y el *Reso*, que corrieron a mi cargo. Me acercaba, así, por primera vez, al territorio de la poesía dramática, que hasta entonces no había traducido de manera «profesional». Años más tarde, en 1995, volví sobre Eurípides, editando críticamente y traduciendo *Hipólito*, una de sus tragedias más hermosas. Mi *Hipólito* acompañaba a una *Medea* de Rodríguez Adrados en el mismo volumen, que vio la luz dentro de la colección «Alma Mater», del CSIC., en 1995.

Después de Eurípides vinieron los *Himnos y epigramas* de Calímaco, pero ya me he referido a esa traducción. En 1981, y en colaboración con Antonio Alvar, publiqué una *Antología de la poesía latina* aparecida en la popular colección «El libro de bolsillo», de Alianza Editorial. Yo me hice cargo de la primera mitad del libro, interrumpiendo mi tarea en la época postclásica. Traté de dar a los originales la vivacidad y el frescor que mantenían en latín, y hasta me permití incluir en el florilegio, siempre en la estela del genial Borges, algunos apócrifos salidos de mi pluma. Dejo a la sagacidad y a la erudición del lector el hallazgo de esos apócrifos en las páginas de la *Antología*, de cuyo éxito editorial nos habla la media docena de reimpresiones que ha disfrutado hasta la fecha.

La primera mitad de los ochenta la dediqué, en el terreno de la traducción, a la prosa (con la excepción citada de la *Poesía completa* de Guillermo de Aquitania en Siruela). Fue entonces cuando traduje (Editora Nacional y Siruela) la *Historia de los reyes de Britania*, texto canónico del arturismo redactado en latín y del que no existía traducción a ninguna lengua que no fuese el inglés. Fue entonces cuando publiqué, también en Siruela, y dentro de la magnífica y borgiana colección «La Biblioteca de Babel», mi versión de «Vera», el prodigioso cuento de mi idolatrado Villiers de Isle-Adam (tengo, por cierto, traducida una amplia selección de los *Contes cruels* de Villiers que verá la luz próximamente en Alianza Editorial). Cuando di a las prensas mis traducciones de *Le diable amoureux* de Jacques Cazotte y de *Las mil y una noches* según Galland (fundamentalmente, *Aladino*), ambas publicadas por Siruela en 1985 (y reimpresas en 2005).

Mediados los ochenta, decidí emprender una nueva versión de la *Ilíada*. Por aquellos años menudeaban las traducciones castellanas de la *Odisea*, cosa que no ocurría con la *Ilíada*.

Me puse a la labor, y fruto de ella fue la aparición, en edición bilingüe, de los cantos I y II de la epopeya homérica, ni más ni menos que en las páginas de mi revista favorita, *Poesía*, que los albergó, respectivamente, en sus entregas número 25 (1986) y número 38 (1992). El director de la revista, Gonzalo Armero, dispuso mis versiones de ambos cantos del modo más bello, armonioso y legible que pueda imaginarse, con el texto griego en la parte inferior de la página y en caracteres pequeños, y con mi traducción en la parte superior

de la misma y en tipos grandes. Las célebres ilustraciones que dibujó John Flaxman a comienzos del siglo XIX para la *Ilíada* se reproducían también en *Poesía*, para redondear la edición. Veinte años han pasado desde entonces; creo que va siendo hora de continuar con mi traducción de la *Ilíada*. No sé si llegaré a la rapsodia XXIV, pero imagino que algunos cantos sí caerán en mi red. Me propongo retomar mi versión donde la dejé, a comienzos del canto III, y pienso publicar en entregas individuales, como hice en *Poesía*, ese canto III, luego el IV, y así hasta que me canse, que acabaré cansándome.

En el 86 traduje del catalán a Ramon Llull, concretamente el *Llibre de l'ordre de caballería* (Alianza), y en el 87, del griego, *El parásito* de Luciano. Fueron los aperitivos en prosa para el plato principal, a saber, otra traducción poética, la del *Cantar de Valtario*, poema latino del siglo X, por el que tuve la fortuna de obtener el Premio Nacional de Traducción. Salió en la citada colección «Selección de Lecturas Medievales», de Siruela, una serie que dirigíamos al alimón Jacobo Martínez de Irujo y yo. Tomando prestados algunos personajes de la saga de los Nibelungos, el monje anónimo que compuso en hexámetros el *Cantar de Valtario* urdió una intriga apasionante en la Europa de las invasiones bárbaras, con Valtario (o Walter) de Aquitania como protagonista y la hermosa Hildegunda como consoladora, y aleccionadora, presencia femenina al lado del héroe. El *Cantar* aúna en sí el desmedido aliento épico de una germanidad primitiva y esa sofisticación erudita que, desde el Renacimiento carolingio, señoreaba el mundo monástico en el Alto Medievo. Los resultados no han podido ser más satisfactorios.

No aludiré aquí a otros trabajos míos de traducción de textos en prosa (los *Cuentos visionarios* de Charles Nodier, en colaboración con Javier Martín Lalanda; las *Imágenes* de Filóstrato el Viejo y Filóstrato el Joven y las *Descripciones* de Calístrato, en colaboración con el arriba mencionado Miguel Ángel Elvira; los *Cuentos jeroglíficos* de Horace Walpole, etcétera), pues son las versiones poéticas las que me interesan aquí. En 1990, preparé para la revista *Poesía* (número 33), una traducción castellana de *Les Chimères* de Gérard de Nerval. Los doce sonetos en alejandrinos que componen *Las quimeras* se publicaron en 1854, poco antes del suicidio (¿o asesinato?) de Nerval, formando parte del libro de relatos *Les filles du feu*, al final del cual figuraban. Siete de esos sonetos habían visto ya la luz dentro del volumen *Petits châteaux de Bohème* (1853), bajo el rótulo colectivo de «Mysticisme». *Las quimeras* constituyen, en mi opinión, una de las más altas muestras de la poesía francesa de todos los tiempos. Existen varias traducciones al castellano. Recuerdo alguna de ellas, por ejemplo, la parcial de Octavio Paz (cuatro sonetos), que incluyó luego en *Versiones y diversiones* (edición definitiva: Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2000), o la muy notable y muy reciente del poeta hispano-mexicano Tomás Segovia (apud Nerval, *Poesía y prosa literaria*, Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2004). Copio a continuación mi traducción de «El desdichado», primero de los sonetos de *Les Chimères* (los subrayados son del propio Nerval; no respeto, en cambio, el uso arbitrario que hace de las mayúsculas el autor de *Les filles du feu*):

Yo soy el tenebroso, el viudo, el desolado,
príncipe de Aquitania de la torre abolida.
Murió mi única estrella, mi laúd constelado
ostenta el negro sol de la melancolía.
Tú que en la noche fúnebre me diste tu consuelo,
devuélveme el Posílipo y aquella mar de Italia,
la flor que tanto amaba mi devastado espíritu,
la parra donde el pámpano a la rosa se alía.
¿Soy Amor o soy Febo? ¿Lusignan o Biron?
Mi frente aún está roja del beso de la reina.
Soñé en la gruta donde la sirena se baña.
Y, vencedor dos veces, traspasé el Aqueronte,
modulando por turno en la lira de Orfeo
las ansias de la santa y los gritos del hada.

Exegetas tiene la iglesia de los filólogos que pueden explicar a plena satisfacción los entresijos de este soneto. Para mí, que siempre he disfrutado de los juguetes sin preguntarme cuál era el mecanismo que los hacía tan divertidos, lo importante era trasladar la emoción y la magia del original nervaliano al mundo conceptual y fonético del español sin restar un ápice de la intencionalidad simbólica y del despliegue de sensaciones y sentimientos que un lector atento es capaz de percibir en *Les Chimères*. «The rest is silence», como dice Shakespeare que dijo Hamlet antes de morir.

La poesía universal tiene una deuda con *Las quimeras*, que representan una de las cumbres de la poesía contemporánea. Decía Gilbert Murray, en su precioso librito sobre Esquilo (vertido a nuestra lengua en la benemérita colección «Austral»), que nunca son suficientes las traducciones de los autores clásicos. Cada generación debe rendir cuentas de la época que le ha tocado en suerte vivir traduciendo a la lengua propia las obras de los grandes autores de la literatura universal. Gérard de Nerval pertenece con pleno derecho a ese escogido grupo de «héroes» (así llama el inmenso Victor Hugo a los grandes genios de la escritura en su apocalíptico ensayo *William Shakespeare*). Cada generación de escritores y traductores españoles debe realizar el esfuerzo de enfrentarse con *Las quimeras* y de ofrecerlas a sus coetáneos alumbradas por la perenne luz del entusiasmo y la complicidad. Si leemos el «Prometheus» de Goethe, por ejemplo, en la arcaica y casticista versión de Rafael Cansinos Assens y, a la vez, en la mía, más ágil y «moderna», advertiremos una distancia comunicativa con el lector de hoy en la de Cansinos que acaso no exista en la que pergeñé hace casi treinta años para *Museo*. Las traducciones han nacido para morir, como todo lo que nace, y es preciso sustituirlas cada cierto tiempo, porque envejecen prematuramente, como si alguna maldición oscura pesara sobre ellas desde el principio de los tiempos. Hay, eso sí, excepciones que vulneran la norma. Me arriesgaré a dar un ejemplo: difícilmente puede concebir el lector español la obra poética de Tagore sin referirse a las traducciones que del premio Nobel hindú realizaron en castellano ni más ni menos que Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí .

Daré otra muestra de mi trabajo como traductor de *Les Chimères*, transcribiendo el soneto que lleva por título «Délfica» (con algunos retoques de última hora):

¿La conoces tú, Dafne, esa vieja romanza
al pie del sicomoro, o bajo el laurel blanco,
bajo el olivo, el mirto o los trémulos sauces,
esa canción de amor que sin cesar comienza?
¿Reconoces el templo de inmenso peristilo,
la huella de tus dientes en el limón amargo,
y la gruta, fatal al huésped imprudente,
que guarda la semilla del dragón derrotado?
¡Volverán esos dioses por los que siempre lloras!
El tiempo traerá el orden de los antiguos días;
un profético soplo ha hecho temblar la tierra.
La sibila de rostro latino continúa
durmiendo bajo el arco de Constantino, y nada
perturba todavía el pórtico severo.

Junto al grupo de poemas «paganos» de *Las quimeras* se encuentran los cinco maravillosos sonetos de que consta «El Cristo de los Olivos», en el segundo de los cuales figura el siguiente verso: «Spirale engloutissant les Mondes et les Jours» («espiral engullendo los Mundos y los Días»). Un verso que es para mí muy importante, pues lo adopté como lema de mi poesía completa, que titulé precisamente así, *Los mundos y los días*. También Octavio Paz rotuló un libro suyo *Los hijos del limo*, evocando el último verso del quinto soneto de «Le Christ aux Oliviers»: «Celui qui donna l?âme aux enfants du limon» («el que concedió el alma a los hijos del limo»).

Allá por 1992 coleccionamos Julia Barella y yo, por encargo del Ministerio de Justicia, una serie de textos de las letras hispánicas y universales a los que unía el hecho de haber sido compuestos en la cárcel (en la selección de esos textos recuerdo que participó Rogelio Blanco, el actual Director General del Libro). Titulamos el libro resultante *Poesía de prisión*. Una antología. Desde las *Mil y una Noches* y el *Minnesang* hasta un poema mío y otro de Amalia Bautista, incluimos treinta y dos textos en total. Traduje para la ocasión unos poemas que el ladrón y asesino francés Pierre-François Lacenaire (1803-1836) escribió en la prisión parisiense de la Conciergerie poco antes de ser guillotinado. Para mí, traducir un texto poético supone siempre un acto de complicidad manifiesto: el poema elegido se convierte, de alguna forma, en un poema propio (con tal que el traductor sea poeta, como es mi caso). Mi identificación con Lacenaire fue tan profunda en aquellos días que sobre uno de sus poemas, el que lleva por título «Ideas» (en mi versión), urdí un poema mío, rotulado «Sobre un poema de Lacenaire», que luego formaría parte de mi libro *El hacha y la rosa* (Sevilla, Renacimiento, 1993). Quisiera terminar este breve recorrido por algunas de mis traducciones poéticas (no me he referido, por ejemplo, a mis versiones de Gabriel Ferrater, J. V. Foix y José-Maria de Hérédia, entre otras) copiando ese poema, escrito a medias por Lacenaire y por el que suscribe. Dice así:

¿Quién va a decirme qué es la vida?
¿Quién va a decirme qué es la muerte?
¿Qué es virtud? ¿Qué es filosofía?
Ver cómo sopla la fortuna.
¿Ciencia, honor? Ilusión, mentira.
¿Oro? Tumba de la inocencia.
Hasta la amistad es un sueño.
Sólo en ti mismo está la dicha.
¡Feliz quien sueña que es amado!
¡Ojalá no despierte nunca!
El corazón se engaña siempre:
no hay sentimiento sin dolor.
Si te amas a ti mismo, cumples
lo que Naturaleza ordena.
Si Dios existe, Dios es alguien
enamorado de sí mismo.
Dime, muchacho, ¿por qué huyes
de la muerte con tanto ahínco?
¿Por qué te aferras a la vida?
¿No ves lo absurdo que es vivir?
¿Por qué tiemblas ante un enigma
cuya solución desconoces?
¿Qué es nuestra alma? Un brillo inútil
que se apaga en la sepultura.
Abre los ojos, mira: todo
lo que respira nace y muere.
Sólo el orgullo de los hombres
presume de supervivencias.
Cuando llegue mi última hora,
pisoteadme y maldecidme.
¿De qué le sirven las plegarias
al árbol roto por el viento?
Me he reído de vuestros dioses
y de vuestras ruines miserias.
Mi alma se perdió de niña
en la noche oscura del mundo,
pero no fue nunca perversa,
y los tristes la bendijeron.
Hay virtud en mi corazón:
Una virtud que no es la vuestra.

LUIS ALBERTO DE CUENCA. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

El artículo fue publicado en la revista *Ínsula*, en el número 717, septiembre 2006

EMBAJADAS EN EL REINO BLANCO

ARTÍCULOS SOBRE LUIS ALBERTO DE CUENCA

ESBOZO DE LUIS ALBERTO

por ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Hacer un dibujo contrastado —con sus líneas de luz y sus trazos de sombra— de Luis Alberto de Cuenca resulta tarea imposible para quienes no pertenecemos al círculo primero de la intimidad del poeta, o sea, para casi todo el mundo. Se me podrá decir que eso, en términos absolutos, pasa con él y pasa con cualquiera. Sí, sí, pero con el amigo Luis Alberto ocurre más que con nadie. La mayoría de los seres humanos, aunque intentemos evitarlo (salvo los muy exhibicionistas), nos revelamos en lo bueno y en lo malo a los ojos del prójimo no sólo por lo que de modo consciente hacemos y decimos, sino aún más por nuestros gestos imprevistos, por ciertos deslices verbales y actitudes involuntarias. A Luis Alberto no se le puede incluir de ninguna manera en esa mayoría. Posee un envidiable y muy controlado carácter compuesto de elementos apolíneos y joviales —Apolo y Jove nada

menos—, fruto de la propia naturaleza y de una refinada educación, y no resulta nunca posible pillarlo en un renuncio. He coincidido con él muchas veces, en muchos sitios, a lo largo de muchos años, y lo tengo por un buen amigo. Pues bien, en las más variadas ocasiones y circunstancias siempre lo he visto mostrarse idéntico: cordialísimo, simpático, sereno, sin recovecos extraños, incómodas esquinas ni secretas galerías. Este don de saber mostrar invariablemente en sociedad sólo el lado mejor, evitándole a los otros nuestras oscuridades y neuras (que Luis Alberto sin duda tiene también, como cada hijo de vecino), es una bendición para las relaciones sociales, y ahí creo yo que reside el secreto de la firme unanimidad establecida en torno a la figura de nuestro poeta: todo el mundo opina que es hombre con el que da gusto tratar.

Al agrado general que concita la manera de ser de Luis Alberto de Cuenca contribuye también no poco su aspecto personal, elegante y desenfadado a un tiempo: elegante de cintura para arriba (chaquetas de buen corte, camisas buenas y alegres corbatas de seda); informal de cintura para abajo (infaltable pantalón vaquero y zapatos cómodos, mocasines o de esos que ahora llaman casuales). No hay en el porte de este hombre excesos ni atildamientos, pero tampoco ningún descuido. Muy característico asimismo de su imagen —sobre un rostro de frente despejada, facciones regulares y sonrisa pronta— es ese pelo suyo, ahora entrecano, siempre muy bien planchado hacia atrás con la ayuda de algún fijador. No creeré nunca a nadie que diga haberlo visto despeinado, por más que afirme que tal hecho extraordinario ocurrió en día muy revuelto y con un viento de mil demonios.

Todo el mundo sabe que Luis Alberto ha compatibilizado durante bastantes años su actividad poética e intelectual con el desempeño de muy importantes cargos en la administración pública y en la política. He de decir enseguida, porque es muy justo hacerlo, que ninguno de dichos cargos ha podido con él. La percepción que he tenido del poeta cuando éste atravesaba las procelosas aguas de los altos empleos ha sido la imperturbable imagen amable, sonriente y cercana del Luis Alberto de siempre. El revestimiento solemne o la falsa naturalidad evidentísima con que tantos se muestran durante su tránsito por los puestos de mando no le afectaron nunca. Y por fortuna el desarrollo de su obra poética durante los años entregados al trabajo político ni se detuvo ni se resintió. Por lo que yo sé, y por lo que muchos me han referido, no utilizó el poder de manera sectaria. Logró pasar por la política sin que ésta produjera en su impecable aspecto feas ni deshonrosas salpicaduras, lo cual, en España, raya en lo insólito. La mayoría de los intelectuales metidos a políticos acaban por desprestigiarse ante sus pares como intelectuales y ante todo el mundo como políticos. Luis Alberto, sin embargo, no se ha visto afectado por esta fatalidad. E incluso su figura pública de poeta se ha proyectado mucho en los últimos años (desde todos los puntos de España lo reclaman sin cesar para recitales, conferencias y actos relacionados con la cultura). Me parece a mí que en realidad nadie consideró nunca que él fuera un verdadero político, y no creo ni que el propio Luis Alberto haya llegado alguna vez a pensar en serio de sí mismo que lo sea.

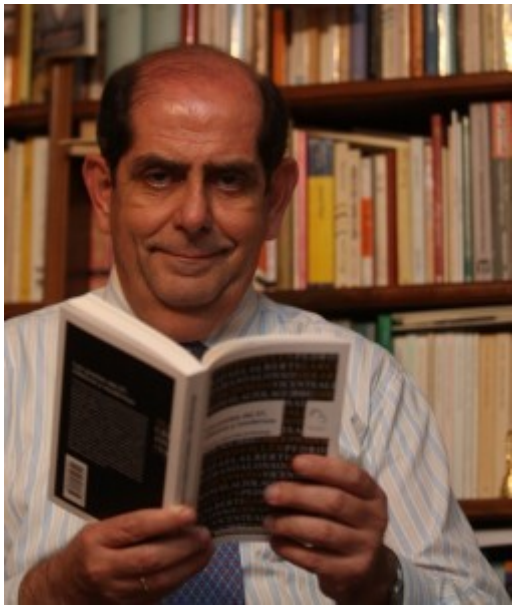
Como poeta es, por el tono de sus composiciones y por el tratamiento de sus temas, uno de los más singulares de la generación a la que tanto él como yo pertenecemos. Tras los juveniles excesos culturalistas de las primeras publicaciones, vino a desembocar su poesía

en *La caja de plata* (1985), libro en el que alcanza la madurez y que supone un giro importantísimo en su trayectoria. Ante todo, Luis Alberto de Cuenca se decanta a partir de ese momento por un lenguaje poético transparente, coloquial, cotidiano y de fácil acceso para el lector (aunque las referencias culturales de todo tipo continúen estando siempre muy presentes). Se trata de la famosa "línea clara", de la que el autor ha hablado tantas veces. El humor, además, habrá de ser en adelante elemento fundamental de su obra. Es éste un ingrediente a primera vista antipoético, más propio en apariencia de la poesía festiva o satírica que de la estricta poesía lírica, siempre tan sería y grave por estos rumbos nuestros. Con la incorporación del humor consigue Luis Alberto una poesía chispeante, vital, inteligente y amena, que sabe dibujar la sonrisa y hasta la risa en el rostro del lector. Baste recordar a este respecto, entre tantos otros, poemas como "La malcasada" o "Bébetela", de una gracia y una efectividad antológicas. Pero la obra madura del poeta madrileño no sólo se mueve en ese deliberado registro ligero y frívolo; composiciones como "Nausícaa", "En la tumba de Joker" o "El cuarto oscuro" demuestran que también es capaz de hondura y emoción en poemas sencillamente inolvidables.

Eloy Sánchez Rosillo nació el 24 de junio de 1948. Es profesor de literatura española en la Universidad pública de Murcia. Premio Adonais en 1977 con *Maneras de estar solo*. Ha publicado *Páginas de un diario*, *La vida*, *La certeza*, *Oír la luz*, y *Sueño del origen*. Ha sido premio nacional de la crítica con *La Certeza*, y reunió su obra publicada hasta 2003 en *Las cosas como fueron*. (Tusquets). Ha dedicado un libro de ensayo literario a la biografía y obra de Luis Cernuda. Recientemente ha recibido ex aequo el Premio de la Crítica de la revista Ágora al mejor libro de poemas publicado en 2011, por *Sueño del origen* (Tusquets).

LUIS ALBERTO DE CUENCA: HISTORIA Y POESÍA

por FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA



Luis Alberto de Cuenca y Prado ingresó un domingo día 6 de febrero de 2011 en la Real Academia de la Historia, para cubrir la vacante de la medalla número 28, que ocupaba el historiador recientemente desaparecido Manuel Fernández Álvarez. Contestaba a su discurso el filólogo y maestro de filólogos Francisco Rodríguez Adrados. Había sido elegido el viernes 8 de octubre del año anterior y escogió como asunto de su discurso en el acto de recepción pública un interesante texto ensayístico lacónicamente titulado *Historia y poesía*.

¿Qué podía decir un poeta consagrado y excelente a los señores historiadores? Pues, sin duda muchas cosas, dado que Luis Alberto de Cuenca también es historiador, pero historiador de la literatura desde su ángulo de filólogo clásico, especialista en textos antiguos pero lector y críticos de literaturas muy diversas, en el marco de esa ansiada literatura universal tan difícil de conseguir y dominar, y a la que se ha de referir a lo largo de su disertación.

La comenzó, como no podía ser de otro modo, citando un pasaje de la *Poética* de Aristóteles absolutamente convincente de las relaciones existentes entre Historia y Poesía, que el filósofo griego dilucida en el capítulo 9 de su magna obra:

> el objetivo del poeta no es tanto contar las cosas que realmente han sucedido cuanto narrar aquellas cosas que podrían haber sucedido y las cosas que son posibles de acuerdo con la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el poeta y el historiador no se diferencian por el hecho de escribir sus narraciones uno en verso y otro en prosa […] si no que se distinguen en que el historiador cuenta los sucesos que realmente han acaecido y el poeta los que podrían suceder. Por eso la Poesía es más filosófica que la Historia y tiene un carácter más elevado que ella, ya que la Poesía cuenta sobre todo lo general, y la Historia lo particular.

Las palabras de Aristóteles merecen una primera aclaración por parte del filólogo y es que ha de tenerse en cuenta que la auténtica Poesía, para los antiguos, era la Épica, algo distinto de los que sucede hoy mismo ya que se entiende por Poesía únicamente la Lírica. Y De Cuenca, sin embargo se muestra absolutamente de acuerdo con aquéllos en su identificación de la «verdadera» Poesía con la Épica, ya que viene directamente de lo que los románticos alemanes llamaban *Volksgeist*, esa palabra iluminada e iluminadora donde las haya y, como señala, no sin ironía, «prohibida actualmente por el Santo Oficio de la corrección política», lo mismo, más ironía aún, que sucede con palabras como *Lérida, vascuence, La Coruña* o *Hispanidad*, que a él le gusta utilizar cuando habla en español.

Recuerda también a Platón y a sus invectivas contra los poetas, y en particular contra Homero, en especial por su presunta actitud, compartida con los poetas cíclicos, a favor de «la mentira y en contra de la verdad postulada por los filósofos». Por ello le parece maravilloso que Aristóteles advierta que «Filosofía y Poesía no son en absoluto enemigas, ni tan siquiera contradictorias, y que la Poesía se sitúa en el plano de lo general y se acoge en su actuación a categorías normativas como la verosimilitud y la necesidad».

Pero De Cuenca actualiza esta reflexión y aprovecha gustoso para censurar comportamientos contemporáneos, de hace tan sólo un siglo, y en concreto el de las vanguardias, que «han negado a la Poesía, ubicándola en el limbo gratuito de lo absurdo y lo prescindible, y, por si fuera poco, tiñéndola de un tinte metafísico que la aleja de la realidad, que es donde habita y debe habitar, codo con codo con la Historia».

Las reflexiones se suceden con rigor, especialmente, cuando se plantea De Cuenca la relación entre la realidad y el poeta, que tanto interesó a escritores anteriores, como a Pedro Salinas. Y es que entre Historia y Poesía no hay mucha diferencia realmente. El poeta hace su propia historia, finge y crea un personaje, pero finalmente da testimonio fehaciente «de su biografía más recóndita» y ofrece «una información preciosa y fidedigna» sobre alguien que «es real en la medida en que representa, simboliza o encarna las reacciones psicológicas, los miedos, los afectos o los rechazos que experimenta el grupo humano».

Son muchas y muy valiosas las reflexiones que contiene el magnífico discurso de Luis Alberto de Cuenca, en el que suceden apreciaciones y valoraciones para tener muy en cuenta como lo son los párrafos que dedica a la *Introducción a la historia*, de Marc Bloch, libro que considera indispensable porque trata los temas esenciales que aborda la Historia: relaciones humanas y temporales, el tiempo histórico, los límites entre lo actual y lo inactual, la comprensión del presente por el pasado, la observación histórica, el valor y la transmisión de los testimonios, la historia y lógica del método crítico, el análisis histórico, etc.

O cuando citando a Nietzsche otorga a las *Conversaciones de Goethe con Eckermann* la condición de «mejor libro alemán que existe», lo que resulta muy cierto porque las reflexiones sobre arte y literatura son de la más alta inteligencia, ya que Goethe la prodigaba y a la altura de Homero, Dante, Cervantes y Shakespeare. Y buena prueba de ello es la condición de Historia atribuida a la esencia del hombre. «Y que frente a las historias locales hay que aspirar a la Historia Universal, la *Weltgeschichte*», en relación con lo que Goethe dijo a Eckermann un 31 de enero de 1827:

> Cada vez me doy más cuenta de que la Poesía es un bien común a la Humanidad que se manifiesta en todos los lugares y épocas. […] Hoy día la Literatura Nacional ya no quiere decir gran cosa. Ha llegado la época de la Literatura Universal (*Weltliteratur*) y cada cual debe poner algo de su parte para que se acelere su advenimiento.

De Terencio y de su famosa frase del *Heautontimorúmenos* (*Homo sum et nihil a me alienum puto*), de Boticelli, de Howard Hawks y de John Ford, entre otros, habla a continuación parta mostrar que somos Historia y Geografía y que la Cultura reúne en las páginas atlas el tiempo y el espacio de la Humanidad en general y de cada uno en particular porque todos constituimos el mundo. «Cultura es completar la ficha de cada hombre en el tiempo y el espacio».

Y para mostrar las letras grandes se sirve, y así cierra brillantemente su alocución, de tres momentos irrepetibles en el devenir de la *Weltliteratur* goetheana, tres ejemplos en los que Poesía e Historia dialogan de una forma especialmente subyugante: la *Epopeya de Gilgamesh*, suma y síntesis de la cultura mesopotámica, y dos poemas contemporáneos, *Esperando a los bárbaros*, del alejandrino Constantino Cavafis (1863-1933), y *Lepanto*, de Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), el poema más alto que produjo «la más alta ocasión que vieron los siglos», en palabras de Cervantes.

Destaca la epopeya mesopotámica porque en ella «está prefigurada toda la literatura posterior» y sus doce tablillas inauguran la literatura y trasladan a la posteridad la estética y la imaginación de la civilización que las creó.

El poema de Cavafis continúa vigente tras el derrumbe de las utopías totalitarias, porque «es, sin duda, uno de las más hermosas muestras de la poesía de Cavafis y confirma de modo contundente el enorme interés que suscitaba en el poeta alejandrino la Historia».

Y fue Chesterton el que habría de escribir «el más vibrante, intenso y emotivo de todos los escritos sobre la batalla de Lepanto». Pero en sus versos «pocas veces la realidad histórica y la ficción literaria se funden de manera tan armoniosa […] a mayor gloria de la Poesía y de la Historia».

Y así concluye Luis Alberto de Cuenca que Clío y Calíope, que dieron vida a la Historia y a la Poesía, vuelven a hermanarse en su discurso como hermanadas han estado a lo largo de su vida y como lo van a estar en el futuro «dentro de mí, durante el tiempo que me quede de vida», que desde estas páginas de homenaje le deseamos larga y venturosa.

Francisco Javier Díez de Revenga es Catedrático de Literatura en la Univ. de Murcia, ha publicado estudios sobre escritores clásicos castellanos, especialista en poesía y teatro del Siglo de Oro y del siglo XX. Publica en el diario *La Opinión* un artículo semanal de crítica literaria.

AMIGO DE LÍNEA CLARA: UNA SEMBLANZA DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

por EDUARDO SEGURA

Mi memoria de Luis Alberto de Cuenca se remonta, creo recordar, a 1987. Yo estaba entonces en el ecuador de mis estudios de licenciatura, y planeaba ya el qué y el cómo para un doctorado futuro. Me interesaba de manera especial el pensamiento político del Renacimiento, pero también —y de modo más apasionado incluso— el estudio riguroso de Tolkien y su obra. Sobre este último asunto no había encontrado, hasta entonces, otros ánimos más allá del mío y los míos, y el aliento de unos pocos amigos. Poco después mis pasos se encontrarían con los de José Miguel Odero, mi maestro, y él se encargaría de llevar a buen puerto mi ilusión y tantos esperanzados afanes.

En 1987 todo aquello estaba por llegar. Mi sorpresa derivó en alivio y alegría cuando leí en la prensa una entrevista con (por entonces, para mí, "un tal") Luis Alberto de Cuenca, salpicada de elogiosas referencias a la así llamada literatura "fantástica". Aquel joven filólogo hacía honor a su vocación, borrando la tantas veces difusa (y a menudo necia) dicotomía entre alta cultura, y cultura popular. Me llevó años descubrir las raíces del desprecio con que, en general, el mundo académico se mantiene en un alejado desdén de la literatura imaginativa, y la tremenda confusión que arrastra el término "fantasía". Pero la lectura de aquellas opiniones audaces y sin complejos supuso un aldabonazo para mis balbuceos investigadores. Cuando se comienza a hollar una senda escarpada, el impulso inicial y la compañía adecuada se revelan, a menudo, parte de la feliz conclusión del regreso a Ítaca; del propio viaje que se traduce a la postre en el sentido y el lugar de la aventura, en el sentir de Kavafis.

No sé si ya por entonces él ocupaba su plaza en el CSIC; imagino que sí. Lo que desconocía era que, con el tiempo, llegaría a conocerlo y a contarlo en el número de mis amigos. Algunos de los jalones de ese venturoso camino fueron la lectura del prólogo a la edición en español de *Sir Gawain y el Caballero Verde* (Siruela, 1991), obra a la que yo había llegado a partir del excelente ensayo y traducción realizada por Tolkien y E.V. Gordon en 1926. En aquellas páginas, que afianzaron en mí una ya firme simpatía, Luis Alberto dejaba constancia de su admiración y reconocimiento por el talento y la obra el autor inglés con argumentos que iban más allá de los gustos personales. Pero fue durante el tiempo en que desempeñó el cargo de director de la Biblioteca Nacional cuando, en compañía de un gran amigo, viajé a Madrid con la intención de pedir su consejo, y pude al fin conocerlo personalmente. Creo recordar que corría el año 1997. Queríamos emprender un plan de traducciones ambicioso, desde las recopilaciones de cuentos infantiles editados como libros de colores por Andrew Lang (textos que luego publicaría, fragmentariamente, Siruela) hasta algunos clásicos medievales, y también Evelyn Waugh, Chesterton o C.S. Lewis. Mucho de lo que entonces planeamos mi amigo y yo aún espera su momento, si es que algún día llega a ver la luz. Lo que sí obtuvimos sin dilación fue su cariñosa y entusiasta acogida, algo que —recuerdo vivamente— me chocó quizá por el contraste con que otras puertas habían permanecido entornadas, si no testarudamente cerradas. Luis Alberto se arrellanó en el sofá que adornaba su hermoso despacho en la Nacional (uno de esos lugares en los que te gustaría quedarte encerrado), escuchó nuestro entusiasmo juvenil —creo que se dejó contagiar por él—, y nos puso en la pista de este o aquel amigo, a quienes (claro que sí), podíamos acudir de su parte, y que prestarían oídos a nuestro impulso.

Antes de aquel día, podría decir, había empezado esa azarosa senda que han de recorrer los que construyen en la distancia algo más que una camaradería. Nos veíamos esporádicamente, y las cartas o el teléfono servían de andamiaje para esa hermosa tarea conjunta que es la amistad. Poco después de fallecer su padre, Luis Alberto viajó a Murcia para un recital de poesía organizado por la obra cultural de Cajamurcia. Acudí a escucharlo pero, sobre todo, acudí para dar un fuerte abrazo a mi amigo, y decirle que él y su padre estaban en mi oración y recuerdo. Fue una tarde conmovedora, como lo son los encuentros donde la belleza y la sombra de la muerte nos recuerdan que somos estirpe de Adán, pero también y sobre todo, linaje de Dios.

En sus años como Secretario de Estado de Cultura me resultó más difícil coincidir con él, pero nos manteníamos al día a través de ese bendito invento que es el correo electrónico. Fue tan amable de escribir cartas de recomendación para mis solicitudes como lector en Estados Unidos, y no dejaba de alentar mis pasos y avances. Después de doctorarme con una tesis sobre la poética de John Ronald Tolkien a través de un estudio pormenorizado de *El Señor de los Anillos*, defendida en 2001, y con la avalancha que se produjo poco después a causa de las exitosas películas de Peter Jackson, Luis Alberto no dejó de jalear mi trabajo universitario, y (entre otras cosas) accedió muy amable y generosamente a prologar esa tesis cuando fue publicada por Minotauro en 2004. Coincidimos en aquellos años en programas de radio y, aquí y allá, nuestros pasos se solapaban de vez en cuando sobre el telón de fondo de la Tierra Media.

Mi último encuentro con él sucedió hace ya demasiado tiempo, en 2009. Luis Alberto acudió a Granada a un nuevo recital de poesía, esta vez auspiciado por el Centro Cultural Nuevo Inicio. Al concluir la velada de hermosos ecos y palabras medidas, mi esposa y yo fuimos a cenar con él, y la conversación fluyó por los amables territorios de la confidencia y la crítica constructiva. Con todo, creo recordar que hablamos de ese tema que se cuenta entre los escasos verdaderamente importantes: nuestros hijos.

Hasta aquí mis recuerdos, la trama entretejida de vivencias sobre la que descansa una amistad. Sin embargo, más allá de esa memorias más o menos nítidas permanece una convicción: la de haber sido acogido desde el inicio no desde la superioridad o la actitud de quien ya ha recorrido gran parte del camino, sino desde el talante a veces divertido y siempre amable del que se sabe acompañante y atizador de ilusiones. Al menos para quien esto escribe, Luis Alberto nunca fue un lejano maestro, frío e impenetrable como el mármol, sino siempre un amigo bueno, “en el buen sentido de la palabra”. Como poeta de línea clara que es, creo que ahí radica una característica que debemos apreciar más que nunca en estos tiempos de incertidumbre y sombras: la lealtad y el compromiso con la palabra dada; y por encima del currículum y los méritos tasados, la sencilla certeza de que somos compañeros de destierro, amantes y esperanzados montaraces en la senda del tiempo y, más allá, del Tiempo. Por eso, más aun en la hora del merecido homenaje que se le rinde desde estas páginas, quiero escribir, sin que nadie más que él las lea, estas líneas claras: no hay metáfora más hermosa que la verdad; y, parafraseando a Cervantes, la humildad es la verdad en la senda de los hombres “destinados a morir”.

En la esperanza de un pronto reencuentro, te abrazo, amigo mío.

Eduardo Segura,
Granada, a 4 de octubre de 2011

Eduardo Segura Fernández (Oviedo, 1967), especialista en Tolkien, asesor de la película de Peter Jackson sobre *El Señor de los Anillos.* Doctor en Filología, licenciado en Historia y máster en Filosofía. Imparte cursos de Estética y Filosofía en el Instituto Edith Stein, en Granada. Es autor del libro *J.R.R Tolkien: Mitopoeia y Mitopoesía* (PortalEdition, 2008) y de un ensayo sobre *El león, la bruja y el armario* ("Las Crónicas de Narnia") de C.S. Lewis.

LUIS ALBERTO DE CUENCA Y DE LA VEGA DE MOLINA

por EDUARDO CONTRERAS LINARES,
ALCALDE DE MOLINA DE SEGURA

De izquierda a derecha: Eduardo Contreras, LAC, Francisco J. Illán Vivas (Foto de J. Pons).

Texto de Eduardo Contreras para revista "ÁGORA- Papeles de Arte Gramático". Octubre 2011

En primer lugar quiero agradecer a mi buen amigo Francisco Javier Illán Vivas la generosidad que siempre me muestra, y que lo ha llevado en esta ocasión a pedirme que escriba unas líneas sobre Luis Alberto de Cuenca y su relación con Molina de Segura.

Al bueno de Illán Vivas, que es un hombre fascinado por las letras y un infatigable creador, le asiste también la facultad de animador sin cuartel de publicaciones y actividades literarias, como estos Papeles de Arte Gramático, que de forma tan notable está contribuyendo a la divulgación literaria y punto de encuentro de escritores, y me acuerdo también de aquellos *Martes de Luna Llena*, que propició personalmente con su inagotable

caudal de seducción y empuje, hace unos años en Molina de Segura, en el pub Guanábana y que finalizaron con la publicación de los trabajos literarios de cuantos pasaron por aquellos novedosos encuentros con las letras.

Sin duda alguna, creo que todos le debemos a Illán Vivas el cierto dinamismo que genera en torno al mundo literario de esta Región.

El Premio Setenil, convocado por el Ayuntamiento de Molina de Segura, y destinado a premiar al mejor libro de relatos publicado en España, nació con el objetivo, entre otros, de promover la creación literaria de cuentos. Desde su primera edición se pretendió que tuviese, aparte de ámbito nacional, y la cualidad de se respetado por su rigor como premio literario y, porque no decirlo, una deseable repercusión en los espacios culturales y literarios que hiciese alcanzable el objetivo de promover el género del cuento.

Así, se consideró fundamental que el Jurado del Premio tuviese el prestigio y el rigor que queríamos otorgarle a la convocatoria, por lo que se ha ido eligiendo a escritores, profesores y críticos de nivel que, de algún modo, salvaguardasen el respeto del Setenil en los ámbitos literarios.

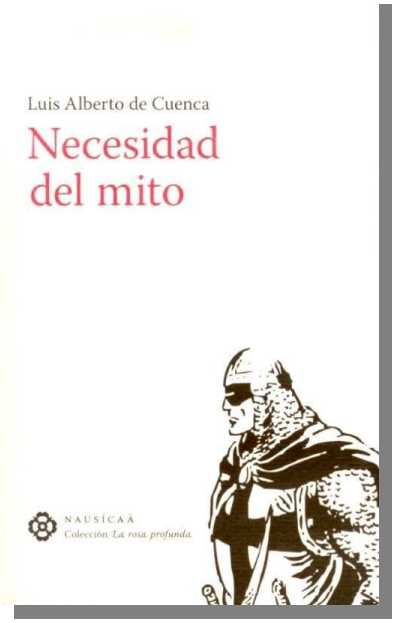
Creo que esto se ha conseguido ampliamente. El Setenil está considerado hoy día no solamente como un premio literario riguroso y de nivel, sino también de prestigio, entendido éste como el que le otorgan al premio los Jurados y los ganadores del mismo, año tras año, y también, en alguna medida porque, con legítimo orgullo, nos cabe pensar que el Setenil también prestigia a quien lo recibe.

En el año 2006, el Setenil andaba por la tercera edición y el criterio era inalterable: tratar de conseguir a prestigiosos nombres de la literatura para presidir el Jurado. Así, se pensó en Luis Alberto de Cuenca, poeta, traductor y ensayista. Doctor en Filología Clásica y profesor de investigación del CSIC, del que fue director. Un hombre reputado en las letras españolas que, sin duda, mantendría el nivel que queríamos para el premio.

Y así fue. A pesar de la juventud del Premio Setenil, que se abría camino en el panorama literario español, Luis Alberto de Cuenca presidió un Jurado compuesto también por Fernando Valls, Ramón Jiménez Madrid y Manuel Moyano. Aquel año la ganadora fue, por unanimidad del Jurado, cosa poco habitual, la escritora Cristina Fernández Cubas, con *Parientes pobres del diablo*, editado por Tusquets.

Uno de los momentos más gratos del acto de entrega del Premio, que en esa edición fue el 14 diciembre, es el encuentro posterior con los miembros del Jurado, el ganador o ganadora y escritores y amigos del Setenil. Distendido, más informal y propicio para conversaciones en torno a los más variados temas.

Me gusta la literatura y me precio de haber sido y, en cierta medida, seguir siéndolo, un buen lector, así que disfruto de estos encuentros que proporciona el Premio Setenil. De esa noche tengo un entrañable recuerdo no solamente por la calidad de las conversaciones



con Luis Alberto de Cuenca sino por la rápida conexión que se estableció entre los asistentes.

Nuestro paisano Javier Abellán, otro inquieto promotor cultural de las tertulias del Casino de Molina, hombre de amplia sabiduría y conocimientos, habló aquella noche sobre un libro de Luis Alberto de Cuenca que admiraba profundamente, *La necesidad del mito*, editado por primera vez a principios de los años 70 y que no se había vuelto a reeditar nunca.

De aquella conversación informal surgió la idea de que el propio Ayuntamiento de Molina de Segura reeditara aquel título. Encarriló la cuestión Manuel Moyano, con el acierto habitual, de tal suerte que el 22 de abril de 2008, el libro, cofinanciado por la Editorial murciana Nausícaä, en su colección "Rosa profunda", veía la luz y era presentado en la Biblioteca Salvador García Aguilar de Molina de Segura por el propio Luis Alberto de Cuenca, dentro del programa de actividades de la Primavera del Libro.

El promotor de la idea, Javier Abellán, henchido de gozo por el acontecimiento, nos acompañó en la mesa de presentación del libro, junto al autor.

El libro defiende la importancia de los mitos como regidores de la vida y la conducta de los pueblos desde la Antigüedad hasta nuestros días y creo que acertamos con la reedición de este texto de juventud de un autor tan importante como Luis Alberto de Cuenca.

En mi bagaje personal guardo como tesoros momentos como aquel encuentro de 2006 y la presentación del libro en 2008. Son instantes gratificantes porque se sitúan en el ámbito de los placeres de la conversación que te permiten aprender de personajes de altura cultural y científica.

Pero, tal vez el elemento más importante es el que hace que los ciudadanos y ciudadanas de Molina de Segura tengan la oportunidad de escuchar y participar de actividades como el Premio Setenil, Escritores en su Tinta, la Primavera del Libro o, en el plano científico y médico, las conferencias de la Fundación de Estudios Médicos.

Esto último es, como alcalde de Molina de Segura, una de las mayores satisfacciones que puede producir el cargo, el hecho de acercar a escritores, médicos, investigadores a nuestro pueblo, y aprender de ellos.

Eduardo Contreras Linares
Alcalde de Molina de Segura (Región de Murcia)

LA POESÍA QUE CREÍ ESCRITA PARA MÍ

por FRANCISCO JAVIER ILLÁN VIVAS

Foto de Toñi Riquelme.

Ya no recuerdo cuando me encontré por primera vez con la poesía de Luis Alberto de Cuenca, aunque no fue mucho después de aquel inquieto y cambiante año de 1975, cuando cursaba estudios en el Instituto Zurbarán de Badajoz; pero sí recuerdo perfectamente cuando su poesía me atravesó como un rayo de luz, de tal forma que tuve que mirar una y otra vez el libro que estaba leyendo para cerciorarme de que no era “mío”, pues sentí la impresión de que aquellos versos los había escrito para que yo los leyese, más aún, que eran míos, que si yo fuese capaz de escribir poesía querría hacerlo así: fue el 20 de febrero de 2004.

El poema que primero removió los cimientos de toda la poesía que había leído hasta entonces fue "Sonja la Roja":

"Y, sobre todos, ella,
la que viene de lejos para velar tu sueño,
la que triunfa y se marcha,
Sonja la Roja, la rival de Conan."

Andando yo, como andaba, releyendo mi colección completa de Conan el Bárbaro, ese poema me pareció escrito para mí. Bastaron unas páginas más para ser recolectado- fruta madura que había estado demasiado tiempo perdida en el desierto- para la causa luisalbertiana: "DNA".

Nunca antes un poema me había dicho tanto. Me había hablado con tanta claridad, directamente, como si la vida misma me hablara, nunca antes vi escrito con tanta precisión lo que siempre quise decirle a una mujer:

"DNA o ADN, poco importa
si en castellano o en inglés: el caso
es que me muero por tus proteínas,
por tus aminoácidos, por todo
lo que fuiste una vez, cuando tus padres
vinieron de cenar algo achispados
y, después de tirar de la cadena,
hicieron una nueva con tu nombre,
con tus curvas y con tus fantasías.
Dame una foto de tu DNA
tamaño DNI, que me retuerzo
de ganas de mirarla a todas horas."

Cerré el libro y no volví a abrirlo hasta nueve días después. Me acuerdo perfectamente de ello, y eso que ahora mismo escribo de memoria. El ejemplar del que os hablo es una antología editada por Renacimiento, *De amor y de amargura*, edición de Diego Valverde Villena, sobre lo más granado de la poesía amorosa de De Cuenca.

¿Por qué nueve días después? Eso sí que no sé responderlo, pero regresé a la página 105, y cuando lo hice, me sorprendió que había dibujado una línea vertical a lo largo de toda ella, en verde, como si temiese olvidarlo. Releí DNA y ya no me detuve hasta el final, mientras en mi cabeza se había fraguado la idea de enviarle al autor de aquellos versos un ejemplar de mi novela *La Maldición*, pues un admirador de Sonja la Roja sabría apreciar mi tímida incursión en el mundo de la fantasía.

En aquellos momentos, siendo como era Secretario de Estado de Cultura, era muy fácil hacerle llegar una carta, pero conseguí averiguar su dirección particular y sin dudarlo más, le remití un libro. ¿Qué esperaba yo? No sabría deciros, pero lo que nunca soñé es que pocas fechas después, muy pocas, recibiría una llamada en casa, mientras comíamos. El teléfono lo descolgó Toñy- la autora de alguna de las fotografías que acompañan este artículo- y, tras unos titubeos, me lo pasó diciendo que era Luis Alberto de Cuenca.

¡Aquello me enojó! Alguno de mis amigos conocían mi admiración por De Cuenca y me molestaba que me gastasen semejante broma.

Pero no, en cuanto escuché quien me hablaba supe que no había trampa, que en efecto era él. ¿Qué queréis que os diga? Era como si me hubiese llamado Robert E. Howard, o Lovecraft, o Tolkien, así me sentí, y eso os debe dar una idea de su humanidad, de su generosidad hacia quienes conoce o le conocen.

Desde entonces nuestra relación fue muy fluida, bien es cierto que sobre todo epistolar o telefónica- siempre responde a los mensajes, a los correos, siempre-, hasta que tuve el placer de conocerle en persona, aquí en Murcia, en la Universidad, en un evento presentado por Isabelle García Molina y donde Eloy Sánchez Rosillo describió con maestría la personalidad y la obra de quien nos ocupa. (Por cierto, tanto le agradó a Luis Alberto las palabras de Eloy, que se quedó con las notas manuscritas de éste).

En el turno de firma de ejemplares, al final del acto, me presenté con varios volúmenes, entre ellos uno que despertó su interés- no sé si porque habitualmente no firmaba ninguno-. *De Gilgames a Francisco Nieva*, editado por otro buen amigo, Miguel Ángel de Rus. Lo mantuvo unos instantes en sus manos y pronunció una breve frase que me dio pie para recordarle que él mismo me lo había recomendado por carta.

En ese momento nos presentamos, y desde entonces la amistad y el respeto que le profeso no ha hecho más que aumentar.

Insisto, junto a Robert E. Howard, a Lovecraft y a Tolkien, a nadie con más intensidad me apetecía conocer en esta vida, y a estos tres era ya imposible.

Después vino que leyera el manuscrito de mi novela *El rey de las esfinges*, que escribiese el prólogo, que coincidiésemos en otros eventos- en Molina de Segura, por ejemplo- hasta llegar a este ejemplar monográfico de *Ágora-Papeles de Arte Gramático*, pero eso es ya otra historia.

Hay poetas que son imprescindibles en este momento de la historia, y hay personas que son necesarias en la insolidaria sociedad actual. Luis Alberto está en ambos casos.

Francisco Javier Illán Vivas (Molina de Segura, Murcia, 1958) es autor de tres libros de la saga épica *La cólera de Nébulos*. Ha dirigido la sección literaria *Acantilados de Papel*, en Vegamediapress.com, y actualmente dirige la bitácora de la revista *Ágora* y es codirector de ésta. Ha publicado, además, cuatro libros de poemas.

EL MÁS INTELIGENTE DE LA MOVIDA

por FULGENCIO MARTÍNEZ

Me lo presentó Joaquín Vidal en su tertulia del café Lyons, en Madrid, allá por el año 1982. Joaquín -fallecido tan prematuramente-, era ya entonces un escritor y periodista reconocido, que tenía alma de poeta, y que escribía unas crónicas taurinas que le harían célebre desde las páginas de *El País*. Animador de tertulias literarias, y abierto por curiosidad y simpatía a los más jóvenes, Joaquín tendió cabos entre varias generaciones. Coincidimos, pues, una tarde en dicha tertulia madrileña Luis Alberto de Cuenca y yo, junto con otros maletillas del verso. Luis Alberto era de los jóvenes, aunque ya no estudiante de la Autónoma, como lo era yo, sino un aplicado y divertido filólogo clásico que miraba y se admiraba de todo con ojos claros de poeta. Los años ochenta en Madrid eran un caldo estupendo para nuevos y extraños platos, se empezaba a diseñar la movida y una curiosidad apasionada nos volcaba a todos a conocer y tratar con todos. A Luis Alberto le había leído ya algunas cosas suyas, unos versos suyos en revistas, y le conocía sobre todo por un artículo sobre la *Epopeya de Gílgamesh* que ahora no recuerdo dónde lo leí, si en la prensa madrileña, en el suplemento literario de *ABC*, en su libro *Necesidad del mito*, o en alguno de

sus estudios preliminares en las maravillosas ediciones clásicas de la Editora Nacional.

La tertulia pronto se trasladó a la Cacharrería del Ateneo de Madrid. Allí leíamos poemas, nuestros poemas, Luis era el más inteligente de todos y quien hacía una poesía más joven y menos pedante.

No era raro que sus primeras palabras, al llegar a la tertulia, fueran sobre el último tebeo (de Tintín) o cómic que había leído.

Dicen que la primera imagen de una persona queda en la retina. La afabilidad, el buen humor, la camaradería, la conversación culta, el gesto de complicidad con todo aquello que une cuando eres joven, aquella curiosidad apasionada por lo que el otro dice, piensa o escribe, el estrenar a cada momento, con cada uno de los interlocutores, la tolerancia, a la par que la opinión crítica y fundada, es lo primero que se me grabó de Luis Alberto y lo que posteriormente él me ha confirmado siempre.

De Luis (nombre de rey) me quedo con el rey sumerio Gílgamesh. A Luis Alberto, rey, lo ubico en ese cuento maravilloso del rey de Uruk, amigo de otros reyes que comparecen en la *Iliada*, en los dramas de Shakespeare, y amigo también de ese príncipe de Aquitania del soneto de Nerval, en su torre abolida; en fin, entre aquellos que lucharon por encontrarle un orden a lo real y sin duda perecieron bajo sus sueños. Sus sueños son la literatura. Como esos hermosos libros que ha escrito y escribirá Luis Alberto: en verso, *La caja de plata*, *Por fuertes y fronteras*, *El reino blanco*, y en prosa *Necesidad del mito*.

Si permite Luis, también lo veo dialogando (en ese imaginario tiempo de la literatura) con otro rey, anarquista e ibérico: Paradox, el barojiano.

Lo fantástico, de la novela fantástica y gótica, la narraciones míticas y las epopeyas, los cantares de gesta, de todas las literaturas, se encuentran felices en la obra de Luis Alberto de Cuenca. Luis, incluso, ha dedicado uno de sus más recientes libros (*De Gilgamesh a Francisco Nieva*, Ediciones Irreverantes, 2005) a algunos de sus personajes favoritos de la literatura fantástica: no podían faltar los Gílgamesh y Endiku, de las tablillas cuneiformes de la biblioteca de Asurbanipal, pero tampoco el Quijote, San Juan de la Cruz, y algunos personajes de Shakespeare y hasta de Paco Nieva. El tiempo no tiene fronteras, para Luis; como tampoco lo tienen la amistad y la literatura.

Fulgencio Martínez (Murcia, 1960), licenciado en Filosofía y en Filología Hispánica, y autor del libro *El cuerpo del día* (Renacimiento, 2010), con prólogo de Luis Alberto de Cuenca.

LOS DONES DE LA CAJA DE PLATA

POEMAS Y PROSAS DE LAC PUBLICADOS EN ÁGORA

Los gigantes de hielo

Han vuelto los Gigantes de Hielo a visitarme.
No en sueños. A la luz del día. Con los yelmos
relucientes y el rostro selvático y maligno.
Tenía tanto miedo que no supe decirles
que te habías marchado. Lo registraron todo,
maldiciendo la hora en que Dios creó el mundo,
jurando por los dientes del Lobo y por las fauces
del Dragón, escupiendo terribles amenazas,
blasfemando y rompiendo los libros y los discos.
Al ver que tú no estabas se fueron, no sin antes
anunciar que darían con tu nuevo escondite
y serías su esclava hasta el fin de los tiempos.
Donde estés, amor mío, no les abras la puerta.
Aunque se hagan pasar por hombres de mi guardia
y digan que soy yo quien los envía.

(Foto de la portada de "Conan de Cimmeria", de Frank Frazetta)

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 17.

Vuelve Guillermo de Aquitania

Haré un poema de la pura nada.
Tú y yo seremos los protagonistas.
Nuestro vacío, nuestras soledades
ni un solo instante compartidas, nuestro
mortal aburrimiento, la derrota
diaria, serán cosas que se encuentren
en el poema, que no será largo,
porque todo eso cabe en unos pocos
versos, tal vez en nueve nada más,
o en diez, si cuento este que lo cierra.

Madrid, 27 de agosto de 2009.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 17.

La sirenita

Para Alicia, que dejó el mar y se vino a vivir a mi bañera.

Con tus cinco guapísimas hermanas
y tu abuela y tu padre eras feliz
en el fondo del mar, donde la vida
hierve bajo el conjuro silencioso
que urde la vara mágica del agua.
Pero ser feliz cansa, y aun abruma,
como cansa y abruma la familia,
de manera que un día decidiste
romper con tu pasado y buscar novio
entre los hombres de la superficie.
Por si fuera poco, alguien te dijo
que si te enamorabas de un humano
serías inmortal, lo que sonaba
bien, aunque no acabases de creértelo.
El caso es que una bruja te dio piernas
(y alguna como más que ahora me callo)
y, satisfecha con tu nuevo cuerpo,
pusiste rumbo a tierra. Era en agosto,
y a nadie le extrañó verte en la playa,
desnuda y sonriente, con tus piernas
recién inauguradas, vacilantes
aún, pero tan largas y perfectas
como las de la diosa del amor
en el lienzo de Sandro Botticelli.

Yo estaba por allí, matando el tiempo,
tomando el sol quizá, disimulando
el horror que la gente me inspiraba
detrás de una expresión dulce y afable,
cuando tú aniquilaste mi tristeza
con sólo aparecer ante mi vista,
y supe que la gloria del deseo
se instalaba en mi alma para siempre.
Y a ti te pasó igual (lo que es más raro,
teniendo en cuenta que yo no era príncipe
y me sobraban unos kilos),
y empezó nuestra historia de amor loco,
que hoy sigue viva, más de treinta meses
después, y que mañana estará viva
y siempre vivirá, porque está hecha
de la misma materia incombustible
con la que se hacen los mitos y los sueños.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 5.

Cinco textos en busca de imágenes

I. Encuentro con Teresa

El artista, una mezcla de Ícaro y de lobo de mar de Jack London, da un salto desde el cielo en busca de su amada. Cuando se salta desde el cielo, parece lógico que se descienda. Pero éste es un *descensus ad inferos* muy especial, porque se mezcla íntimamente con el *zieht uns hinan* del final de *Fausto* hasta fundirse en la vieja sentencia de Heráclito. "El camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo". Lo femenino, ya se sabe, tiende a identificarse con lo ctónico, porque la Tierra es nuestra madre y (de momento) son las hembras quienes alumbran, las portadoras de la antorcha, las mensajeras de la luz, las responsables última del movimiento esférico. Nos aguardan abajo y nos conducen hacia arriba. Pero, en la escena que yo imagino, el artista se precipita desde el cielo sin tiempo de los artistas al infierno cronometrado de la existencia cotidiana, donde la Gran Diosa gobierna. Sabemos, en nuestro interior, lo que va a suceder después, pero la imagen que yo siento burbujear en mi cerebro se ocupa de lo antecedente, no traspone el umbral del nártex, ignora voluntariamente el ENCUENTRO a que alude el título del grabado, juega un papel preliminar en la fiesta que se avecina. Un banquete al que han sido invitados el bueno de Posidón, bajo la especie del noble animal que le está consagrado, el David de Miguel Ángel y un par de *puellae Gaditanae* de Marcial recién llegadas de un tablao flamenco. El océano, al fondo, se recorta sobre un embaldosado vermeeriano, para que nada falte en los preparativos del Gran Suceso. Si alguien quiere saber qué es el amor, que venga Safo, trenzas de violeta, y nos lo cuente, pues ella fue quien lo inventó.

II. La máquina de amar

En una silla, cuidadosamente doblada, la toga del juez, con sus puñetas de primoroso encaje. Qué habrá venido el juez a hacer aquí. Qué hace el birrete del irreprochable magistrado junto a su toga, en esa silla rústica, único mobiliario de la habitación donde acaba de inaugurarse la máquina de amar, el último grito en electrodomésticos eróticos, la aportación más sofisticada de la tecnología contemporánea al servicio del orgasmo. Qué pinta el juez aquí, convertido en su propio busto, decapitado y feliz bajo las amplias nalgas de esa rolliza joven desnuda, mientas las mil y una piezas de la máquina se ensamblan con el solo designio de darle gusto y de hacerle olvidar los sinsabores de una existencia consagrada a la justicia y, por ende, a la humanidad, sedienta siempre del invisible líquido que contiene cada

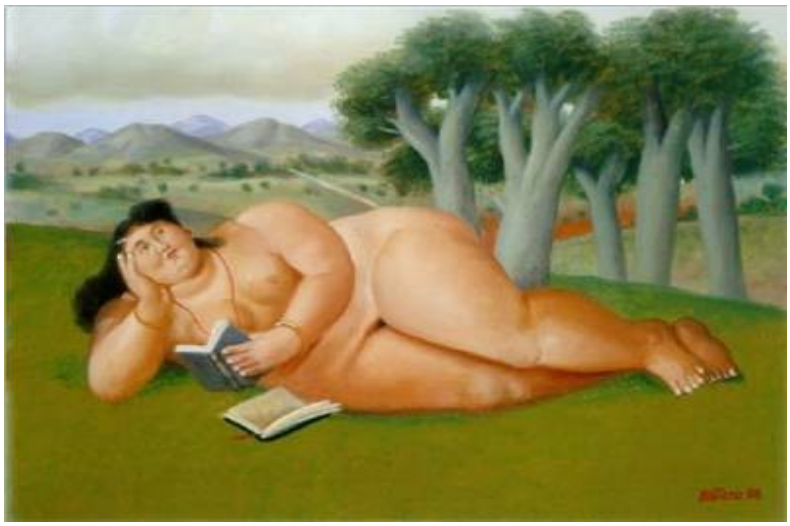
uno de los platillos de la impasible e implacable Balanza. Este juez es un tuno. Tiene el coche oficial aparcado en la puerta de la casa de lenocinio, esperando a que la máquina se pare y a que el distinguido cliente se recoloque la cabeza sobre los hombros y sustituya la expresión de rendido placer por otra de adusta solemnidad más acorde con su profesión. Este juez es un pillo. Lo conocen todas las putas del burdel. Fue él quien encargó la máquina a la Viena de entreguerras, quien la compró con fondos públicos y quien la instaló en el lugar donde ahora se encuentra, ese lugar donde, en un principio, se nos hacía raro verlo a diario, pero que ahora, tan sólo unas líneas de comentario más abajo, no podríamos imaginar sin él. Este juez se las sabe todas. Le gustan las mujeres con garras y con sexo de pájaro, según confesó un día en un programa de televisión.

III. Lilith

Al buen Dios, que no suele dar puntada sin hilo, hubo una criatura que no le salió bien: Lilith, la primera mujer. (Lo de Eva vino después, cuando el Todopoderoso vio que no había manera de concertar los caracteres de Lilith con Adán). Para crear a Lilith, Dios hizo infinidad de probaturas, pero siempre había algo que no terminaba de gustarle, algo que no acababa de cuadrar en el proceso creativo. De cada parte de su cuerpo ("carne, celeste carne de la mujer", que dijera Rubén Darío) hacía un molde, pero había algo que fallaba en cada uno de esos moldes, algo que impedía fundir las partes en un todo plenamente satisfactorio. Asomaba por aquí un defecto telúrico en la armonía celestial de cada curva, se deslizaba por allá un toque romántico en la serena labra clasicista... Podría pensarse que el Creador, aburrido de tanto crear, no estaba poniendo sus quinientos sentidos en la tarea, pero lo cierto es que ninguna criatura se había rebelado antes contra la perfección con tanta insistencia como Lilith. A eso quizá deberíamos añadir la deslizante y resbaladiza condición femenina, que siempre dificulta su modelado, por más que cuando Dios comenzó a esculpirla ni siquiera Él sabía de qué iba la naturaleza de la mujer, pues era partidario de la espontaneidad y no de las ideas preconcebidas. Por un motivo o por otro, Lilith tardó un montón de evos en ser creada y, cuando al fin lo fue, se convirtió en una especie de versión femenina del Ángel Caído, o sea, en una criatura condenada por su Hacedor a habitar los abismos más profundos de la madre Tierra. Y en ellos sigue todavía hoy, profiriendo amenazas contra la sociedad patriarcal y exigiendo el sobreseimiento de su causa.

IV. Espacio Inexistente

La atmósfera es inequívocamente desvauxiana: una serie de chicas desnudas han tomado posesión de un espacio imposible. Se hallan en un lugar por donde nadie pasa; lo máximo que se puede hacer con él es poseerlo, que no es poco, a la fe, en los tiempos que corren, y las chicas se han aplicado a ello con la ilusión y la perplejidad de quienes creen que, apoderándose de algo, acceden más deprisa a una reencarnación sustanciosa, que es de lo que se trata. Las hay estáticas y satisfechas tras haber celebrado su título de propiedad con profusión de kif y de pastelillos morunos, imitando a las ninfas de Boucher. Otras adoptan poses de cariátides griegas sosteniendo el vacío. Las hay dinámicas y un punto desesperadas, en actitud implorante y fugitiva, como aquella muchacha que pintó Bottichelli en uno de los cuadros que refieren la historia de Nastagio degli Onesti y se conservan en el Prado. Todas pertenecen a la misma familia ética: juran por la diosa Molicie, queman incienso en los altares del divino Impudor, sueñan con un planeta en el que siempre sea primavera. Ahí se han quedado para siempre, vigilando sus dominios con fingido desinterés, subiendo y bajando por la fantasmagórica red de escaleras que las comunican con un exterior del que ignoramos todo, salvo sus buenas relaciones con el silencio. Seductoras y sugerentes, capaces de alterar los pulsos del más empecinado estilita, no toman, sin embargo, decisiones de índole comercial. Jamás alquilarán ni venderán su parcela en el reino del absurdo, pues eso significaría darse por enteradas de que existe el *negotium*, cosa que quieren evitar a toda costa, pues con el *otium* tienen bastante, y yo diría que hasta demasiado.



V. Central Termoginética

No es el amor, como decía Dante, lo que hace que se mueva "il sole e l´altre stelle". Lo que de verdad mueve el mundo es el calor de las mujeres. La muestra de ello, en el grabado. Un tipo gordo y prepotente, con bigote y chistera, acompañado de una dama igualmente gruesa, de facciones inexpresivas y cierto aire *art déco*, conecta el rabo de una gata –sí, de una gata, aquí los machos no hacen falta para nada- a un enchufe. Con ese acto tan simple queda inaugurada la primera central termoginética del universo. La materia prima de la central son dos preciosas mujeres, situadas en uno y otro extremo de la máquina. De una podemos ver un soberbio trasero y unos abultados labios inferiores asomando, como un apetitoso molusco, entre las dulces y carnosas nalgas (para subrayar estos detalles anatómicos, se me antojan imprescindibles las medias y los tacones). La otra se yergue, dándonos la cara y enseñándonos, orgullosa, las conexiones de la máquina con su ombligo y su zona púbica, y nos muestra, libres de tubos, unos melocotones en sazón que harían las delicias del mismísimo sultán de Constantinopla; su rostro es sano, fresco, benévolo, jugoso, capaz de proveer de energía térmica a toda una galaxia helada (por lo menos). En cuanto a la gata cuyo rabo aplica el preboste al enchufe inaugural, tiene pechos de *teenager* humana y lleva el pelo en doble vertiente, con raya en medio, al modo en que se peinan las gitanas de Romero de Torres, sexómano cordobés. Completa esta apoteosis del cuerpo femenino la imagen de un individuo con barbas y pinta de anarquista del siglo XIX: sobre él parece descansar la abrumadora máquina de la central termoginética.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 10.

La ciega y el lector

Me ha gustado muchísimo *Moll Flanders* de Defoe.
¡Lees, además, tan bien! Pero tengo una idea:
dejemos la lectura por una noche, y llévame
al teatro, a una fiesta popular o, aún mejor,
a un baile de disfraces. Una noche en la calle
vale más que cien libros. Y cuéntamelo todo,
quiero saberlo todo de lo que ves ahí fuera.
Conviértete en mis ojos también para la vida
que respira en la calle. Léeme el mundo, amor,
pon luz en mi tiniebla con páginas reales.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 17

Happy family

El padre es jorobado y elegante,
magnánimo, discreto, comprensivo.
Recibe en su castillo a los filósofos
que no soportan el *ancien régime*,
mientras su esposa, veinte años más joven,
manda servir el té, vestida sólo
con el collar de perlas que le trajo,
de su periplo por Australia, Cook.
Tienen un niño rubio, muy científico
él, que está destinado en el futuro
a cazar mariposas por hipnosis,
o a dar la lata en una sociedad
geográfica o a hacerse amigo íntimo
de Cuvier o Champollion. Esta familia
se lleva francamente bien; lo indica
la costumbre que tiene la señora
de embadurnar de chocolate al niño
todas las tardes a las siete en punto
-la nueva hora taurina-, ante la cómplice
y orgullosa mirada del papá.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 13

Central termoginética

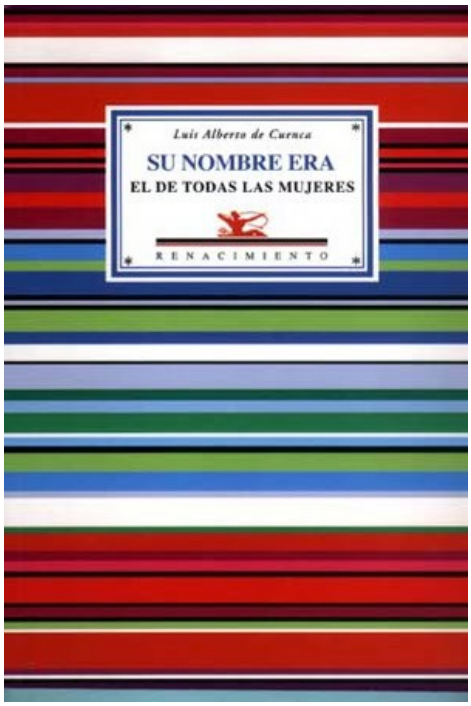
No es el amor, como decía Dante,
lo que hace que se muevan las estrellas,
sino el calor de las mujeres. Basta
con recoger el fuego que desprenden
las nalgas de esa chica, alimentarlo
con las llamas que surgen de la vulva
de esa otra y tendremos una hoguera
que, transformada convenientemente,
pasará a convertirse en la central
termoginética de nuestro barrio.
Para la conexión, basta la cola
de una gata, un enchufe y el sistema
eléctrico. A la izquierda de la máquina
debe estar la primera de las chicas;
a la derecha, la segunda. Obsérvese
cómo están conectadas ambas damas
al complejo industrial: el cableado
recorre ombligo y pubis, da dos vueltas
alrededor del cuerpo y, finalmente,
recibe la corriente en los pezones.
La gata, cuyo rabo es decisivo
para poner en marcha la central,
ha de ir peinada con la raya en medio,
al modo en que se peinan las gitanas
de Romero de Torres, el sexómano
cordobés.

Recuerdos de infancia

Simonetta Vespucci,
la mujer en cuclillas de Degas,
un idolillo maya con el falo
apuntando hacia el techo,
el busto de Epicuro.
una foto de Hedy Lamarr,
ese guardia de ahí, con su uniforme
de gala y con su aspecto
de soldado de plomo,
son las piezas que forman el mosaico
de un doble y capital descubrimiento:
por un lado, la falsedad
de la gloria doméstica;
por otro, la conciencia
de nuestra finitud.
Después de eso, siempre
nos quedará París,
hacernos a la mar
en el barco pirata del deseo.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 13

Mujeres en ninguna parte



Parece un cuadro de Delvaux: una banda
de mujeres desnudas ha tomado
posesión de un espacio inexistente.
Es un lugar por donde nadie pasa,
de modo que es más fácil poseerlo.
Entre las propietarias, las hay jóvenes
y orondas, como ninfas de Boucher.
Otras, más maduritas, se han vestido
de cariátides griegas y han optado
por sostener la nada que anonada
y se va echando encima. Otras, más frívolas,
viven en una primavera eterna,
con su jardín de risas infinitas,
con su *locus amoenus* de postín,
digno de Garcilaso. De sus mañas
para alterar el pulso y los principios
del estilita más empecinado
nadie duda. No obstante, nunca harían
caja con sus encantos personales:
son un desastre para los negocios,
como todas las chicas de mis sueños.

Luis Alberto de Cuenca
Revista Ágora núm. 13

POR FUERTES Y CALLES DEL TIEMPO.

CONVERSACIONES CON...

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis, el tono y el tenor de esta entrevista (que tiene lugar en días en que damos bienvenida a la primavera de 2012) quieren ser el de una conversación. *Conversaciones con....* se titula la sección de la revista. Nos ponemos en la piel del lector que admira tu poesía, y que la conoce en todo o en parte y que le gustaría tener la suerte de poder preguntarle al autor. Pero, también, nos hacemos cómplices con otro posible lector que desconoce tu obra poética. En este tipo de entrevistas se recurre a la cursiva para dar una información al lector, las preguntas que hacemos intentan siempre atraer a este hacia el poeta y hacia su poesía.

FM: Naciste un 29 de diciembre de 1950, en Madrid. ¿Todos los demás datos son ciertos? ¿Los que se ponen en la biografía del poeta, o los que los lectores tienen por ciertos de tu biografía reflejada en tu obra? Lo digo porque está un poco de moda, entre poetas, hoy ya no tan jóvenes como fueron, decir en su currículum: nací en Sevilla, tal vez (es un ejemplo), tal vez en tal o cual fecha.

LAC: En mi caso es cierto y verificable que nací en Madrid, en un pequeño sanatorio que había entonces en la calle de Velázquez, número 5, un 29 de diciembre de 1950. El parto fue complicado, de manera que mi madre, Mercedes Prado, lo pasó bastante mal y, como entonces bautizaban a los niños a los pocos días de nacer, no pudo asistir a mi bautizo, que tuvo lugar en la Parroquia de la Concepción, situada en la madrileña calle de Goya esquina a Núñez de Balboa. El ginecólogo que atendió a mi madre se llamaba don Braulio.

FM: La pregunta anterior retorna el debate entre poesía y experiencia, pero también, otro que creemos quizá de mayor interés, sobre la idea que tiene el poeta de la vida como materia de la poesía. Si tuvieras que contestar, en tu caso, al margen de tus poemas...

LAC: La vida es la materia de la poesía. Siempre. Viva real, vida imaginada, vida transfigurada. Poco importa el adjetivo. El poeta es su biografía. Los poetas no podemos situarnos al margen de ella al escribir nuestros poemas.

FM: En muchos poemas tuyos se encuentra el término *vida*. En algunos poemas ("El encuentro"), la ves parecida a algo esperpéntico y absurdo. O la relativizas ("Cenicienta"): "La vida no es gran cosa...". En otros ("Vive la vida") ensalzas su valor a toda costa. "Sin mirar hacia atrás". En alguno valoras su lección, por mano del sufrimiento: "No se os ocurra despreciar / las penas que nos trae la vida" ("Elogio de la pena"). Y en otros ("Insomnio") sientes que "dura demasiado poco", dices que "es un instante". En fin, en muchos (como en "Voy a escribir un libro") la refieres como el texto que subyace a tus poemas, escrito por las mujeres que significaron en ella.

Aunque esto último no sé si es licencia poética o si tienes en verdad negras (y no negros) que se aplican en tu taller de escritura. Como Garcilaso.

La coincidencia en dos motivos poéticos con el clásico: el *topos* del *carpe diem* y el de la poesía como un texto escrito por la mujer amada ("Su nombre era el de todas las mujeres" - *verso que da título a una preciosa antología de poemas de amor, de Luis Alberto de Cuenca, public*ada en *Renacimiento)* lleva a una tercera coincidencia en ti y en Garcilaso: la clave de vivirla (y de su sentido) está en no mirar hacia atrás.

¿Confirmarías algo de esto? ¿Qué dirías a los elegíacos, a los monotemáticos del paraíso perdido, a los que paran la memoria en un punto lejano allá detrás de ellos; en fin, a los que no ven que la memoria se mueve como el tiempo hacia el futuro?

LAC: El mejor ejercicio para que la memoria se mantenga en forma es, en efecto, como bien dices, no hacer que se detenga en un punto lejano, sino vivirla como proceso que transcurre entre el nacimiento y la muerte, como un *continuum*. Y sí, esas chicas,

esas mujeres que han escrito mi vida han sido fundamentales en el acto creativo de mi poesía, pues me han impulsado a fijar por escrito lo que viví con ellas, rescatándolo del olvido siempre que alguien se acerque a mis versos.

FM: Tú dices con ironía ("Ático"): "Fuimos alguna vez felices en el ático (…) Pero aún es muy pronto para pensar que el ático / tuvo su lado bueno. Todavía es muy pronto. / Ya lo recordarás. Ya lo recordaremos." ¿A qué te refieres con lo del "ático? ¿El poeta actual ha de bajar a la calle? ¿No puede encontrar amparo en la elegía y en su infelicidad o en su memoria detenida de la felicidad?

LAC: Me refiero a un ático real, a una importante serie de experiencias amorosas vividas en ese ático. Luego el lector puede darle un significado simbólico a ese ático y hacer con él lo que quiera. Pero en su origen no era más que un ático.

FM: Si la poesía hoy ha de comunicar (en lo que no podemos estar más de acuerdo), buscar al lector, no presuponerlo como se suponía en la Edad Media que el cielo estaba fijo y que el hombre era el ombligo del mundo (lo "de siempre hay un lector para un ombligo", se acabó); ¿por qué crees que hay motivos para creer en la lírica? ¿Exigen los tiempos una nueva lírica?

LAC: Nunca he tratado de buscar lectores para mi poesía. Me he considerado, y me sigo considerando, un poeta por afición, no un poeta de profesión. El hecho de que tenga lectores ha de relacionarse con las facilidades que da mi poesía para que el lector se identifique con el personaje que la protagoniza. Hay motivos para creer en la lírica en la medida en que lleva una andadura de más de veinticinco siglos a sus espaldas, desde que Safo y compañía se la sacaron de la manga en Grecia. Pero la poesía de verdad es, para mí, la épica, hoy por desgracia extinta al extinguirse lo que los alemanes llaman *Volksgeist*. En cuanto a que los tiempos puedan demandar una "nueva lírica", no lo veo así, entre otras cosas porque no creo en el concepto de la novedad, que me parece una falacia.

FM: La pregunta anterior retorna sobre los modos de escribir de los motivos líricos tradicionales: el amor, la soledad, la nostalgia personal... ¿Cómo resolviste en el caso de tu poesía?

LAC: Esos motivos son lo que hay. Los repetiremos *ad infinitum* mientras el *homo sapiens* campe por el planeta. No hay manera de sustraerse a esos motivos básicos, pues hacen referencia a los grandes temas humanos.

FM: En tu poema "Línea clara", un manifiesto irónico importantísimo, creemos, haces tu palinodia y pides a Tintín que te defienda de los ataques y de las "embestidas" de los herméticos.

"Dicen que hablamos claro, y que la poesía
no es comunicación, sino conocimiento,
y que solo conoce quien renuncia a este mundo
y a sus pompas y obras –la amistad, la ternura,
la decepción, el fraude, la alegría, el coraje,
el humor y la fe, la lealdad, la envidia,
la esperanza, el amor, todo lo que no sea
intelectual, abstruso, místico, filosófico
y, desde luego, mínimo, silencioso y profundo–."

¿Cómo vas mejorando de esas "heridas" de fieras que custodian para sí el secreto de la poesía? Me interesa también saber cómo personalmente llegaste a la herejía de la línea clara y cómo ves hoy aquellas polémicas, de límites de bancal. ¿Comunicación? ¿Conocimiento? ¿Todo o nada, o algo más?

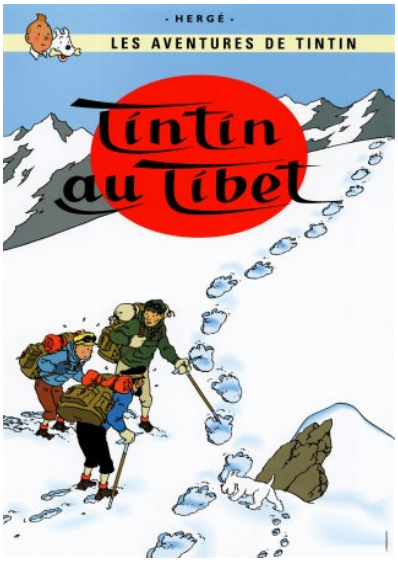
LAC: Aquellas heridas cicatrizaron ya. Y la "línea clara", ese concepto que saqué del cómic franco-belga (Hergé, Jacobs…), me vino muy bien para que cicatrizaran. Todo proceso creativo entraña ambos términos, comunicación y conocimiento. Hay buena y mala poesía, no poesía clara y poesía oscura. Dentro de la claridad hay poetas mejores y poetas peores, lo mismo que dentro de la tiniebla hermética.

FM: Tú reclamas, en nombre del lector de poesía, el placer de la literatura. *Le plaisir du texte* barthesiano. El placer del texto. Los que han leído a Barthes saben que "placer" no significa solo sentir deleite en lo que concuerda con mi gusto de lector, sino "placer" es también, y en mayor grado literario, lo que me convulsiona como lector, aquello que rompe mis esquemas y mis hábitos psicológicos, lectores. Dices (y volvemos al tema de la vida) que esta solo se justifica al fin por ese placer que nos aguarda en la gran literatura. Recuerdo tu poema "Debajo de la piel": la *Eneida*, Shakespeare, las *Sonatas* de Valle, los cuentos de Borges "no salvan /a nadie, ni nos quitan atávicas zozobras, / pero nos comunican un placer que mi perro, / con ser bastante menos desdichado, no siente. / Dos millones de años después, tan solo eso/ ha valido la pena".

¿Sigues estando de acuerdo con ese poema "Debajo de la piel"?

LAC: Completamente. Tendría que pararme a pensar si las obras que cito serían las mismas. Añadiría hoy, tal vez, los *Ensayos* de Montaigne y *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Potocki. Y mañana otros libros de otros autores. Pero el mensaje que transmite el poema sería el mismo. Por lo demás, no me gusta hablar de "gran" literatura. Con "literatura" a secas me basta.

FM: Nos gustaría que nos hablaras de tu inicio en la lectura, de tu amor por la literatura. Suponemos que también en algún pasaje, en alguna página o en un solo verso, encontrarás en muchas obras literarias, de cualquier género y época, aquella panacea que ofrece la literatura grande. Además, eres especialmente aficionado a la literatura fantástica, y a los cómics...



LAC: Enlazo con lo anterior. No creo que haya barreras entre los distintos tipos de literatura. ¡Cuántas veces una obra literaria considerada "de género" me ha interesado mucho más que la "grande"? En el fondo, Homero, Virgilio, Shakespeare, Valle-Inclán y Borges son, para mí, autores "de género". Aunque solo sea del género que a mí me gusta, que no es poco, a fe mía. En cuanto a los cómics, he crecido con ellos: los de la época dorada (1910-1950) me entusiasman, y sigo con atención el cómic actual.

FM: Ya que estamos con el tema de los libros, tú has sido Director de la Biblioteca Nacional. Un guiño más a Borges en tu biografía. Bueno, te cuento una definición que hace poco leí de una biblioteca, dada por uno de esos nuevos pedagogos abducidos por las nuevas tecnologías de la comunicación: Una biblioteca es un lugar donde se conservan libros, algunos de ellos incunables y manuscritos, y donde se puede tener acceso telemático a su información. No se pone el acento en leer directamente, y dime qué biblioteca de barrio o incluso de Comunidad Autónoma tiene un tesoro de manuscritos e incunables. Además, al menos aquí en Murcia, se han cerrado las bibliotecas por la tarde, para ahorrar gasto.

¿Cómo ves tú el futuro inmediato de las bibliotecas y de los libros? Y, tengo curiosidad por saber de tu experiencia como Director de la Biblioteca Nacional. ¿Qué guardas de ello? (No me refiero a ningún libro incunable que llevaras a casa.)

LAC: Veo que se está produciendo una profundísima transformación en el ámbito de los libros en papel, parangonable, o incluso superior, a la que se produjo con Gutenberg. Mi experiencia como Director de la Biblioteca Nacional no tuvo aristas: solo tengo recuerdos buenos de mi paso por aquella docta Casa, que por cierto se encuentra enfrente de mi casa, de modo que contemplo su mole arquitectónica a diario, para alimentar mi nostalgia.

FM: De nuevo retorna una pregunta anterior, que hemos dejado planteando los motivos tradicionales de la lírica. ¿Por qué crees que la poesía no es molesta para nadie en estos tiempos? ¿Es posible que eso se deba a que no saben los poetas encontrar nuevos motivos

para ese fin? Recuerdo aquel verso, en el fondo guasón, de *Elegías*, del andaluz Juan Ramón Jiménez, supuestamente un poeta blando: "Yo no quisiera nunca molestaros cantando".

LAC: Juan Ramón Jiménez es uno de los cinco o seis poetas mundiales más importantes del siglo XX. Lo admiro muchísimo. Fue él quien me enseñó a escribir. No es necesario que la poesía moleste (aunque no esté mal que lo haga) para justificar el brillo de su aureola. Vuelvo a insistir en que no creo en la "novedad".

FM: Se ha dicho (lo sugiere Juan José Lanz en su prólogo a tu *Poesía* de Cátedra) que tu obra transmite cierto eufemismo en la escritura de los temas que trata, como el amor, la mujer, la propia literatura...

Ahora que Tintín duerme, defiéndete.

LAC: Tintín nunca duerme. Tiene la consistencia insomne de los héroes y siempre está a mi lado. Ahora fuera de bromas, no sé qué quiere decir Lanz con lo del "eufemismo". Si tiene que ver con la cortesía, bendito sea ese término, cuya definición no puede ser más noble si se consulta el diccionario.

FM: No es el *motus* del alma tan jovial en tu obra siempre. Creo, como lector, que hay un hondo pesimismo en tu obra, y que la tensión, en tus poemas, por no dejar asomar esa visión negra del mundo, que sin embargo trasparece en muchos poemas, ya no digamos en "Advertencia al lector", es precisamente lo que da valor a tu poesía.

LAC: Has acertado en la diana. El eufemismo de Juanjo no distrae al buen lector del fondo de mi poesía, que es pesimista y hasta trágico.

FM: Hay un adjetivo tuyo, "grises", que califica al sintagma "palacios de los ricos", en el poema "Vive la vida". Y, en uno de tus primeros poemas (del libro *Elsinore*, de 1972*)*, en un texto de estética culturalista, muchas de cuyas referencias (te confieso) he olvidado, escribes de pronto: "Jesús sigue muriendo cada día. Hasta cuándo".

¿No se te ha molestado nadie todavía por lo que has dejado escrito?

LAC: Mucha gente. Los ricos, no, porque a esos les da lo mismo que llamen "grises" a sus palacios. La alusión a Jesús puede molestar a los anticristianos militantes. Constato que algunos rasgos de mi poesía pueden resultar molestos para cierto tipo de lectores.

II PARTE

Repasemos con Luis Alberto su itinerario poético.

FM: Aquel verso final de un poema ("La chica de las mil caras") de tu libro *Elsinore*, y ahora que releo dicho poema, creo que todos los motivos que están ya en él, los retomas luego en tus libros siguientes. ¿Lo crees así?

LAC: Creo que sí, que "La chica de las mil caras" era, además de un poema, una especie de muestrario de mis obsesiones, de esas que luego he ido desarrollando.

FM: A pesar de ello, la crítica ha señalado una ruptura en tu evolución poética, que viene marcada por la publicación de *La caja de plata*, en 1985, en la editorial Renacimiento. (*Ese libro recibió el premio de la Crítica al año siguiente*).

Pero, antes de referirnos a esa publicación, quisiera que nos comentaras tu primera época: de los libros *Elsinore* (1972), *Scholia* (1978), *Necrofilia* (1983). La palabra melancolía se repite en bastantes poemas de esa etapa. Se ha dicho que veías, entonces, la literatura como un refugio protector, y, en general, la generación poética de los 70 ponía en la literatura una alta misión, paradójicamente en proporción directa a su concepto esteticista del arte.

¿Cómo te sientes ahora respecto a esos primeros libros?

LAC: Cada vez más compenetrado con ellos. Hay un momento en que lo que escribes en la primera juventud te parece abominable y tratas de romper con ello como sea. Luego te das cuenta de que esos primeros poemas reflejan con admirable precisión los rasgos de tu cara y que no es deseable ir por ahí rompiendo espejos, por antiguos y pasados de moda que te parezcan (que no lo están, ni mucho menos, tanto).

FM: Creemos, precisamente, que en la medida en que empezaste tú, y luego otros poetas, en los 80, a relativizar aquella misión literaria, se produjo el efecto doble de, por un lado, un recalar nuevamente la poesía en la vida, y por otro, la mayor vitalidad literaria de los textos que se escribían. ¿*La caja de plata* tuvo una larga elaboración? ¿Sentiste con ese libro que estabas rompiendo a nueva etapa o la continuidad con lo que escribías anteriormente?

LAC:Tuve entonces, hacia 1979, la sensación de que estaba escribiendo diferente. Pero, ¡ojo!, ya en *Elsinore* y, desde luego, en *Scholia*, había indicios de esa nueva etapa. La lectura del Borges poeta y de Cirlot fueron decisivas en mi evolución. Y la relectura en clave estética, y no filológica, de la *Antología Palatina*, que me ayudó a caminar hacia un universo poético de estructuras cerradas. A partir de entonces, lo epigramático empieza a funcionar en mi poesía de manera imparable.

FM: *La caja de plat*a se compone de tres niveles o secciones: “El Puente de la Espada”, “Serie negra” y “La brisa de la calle”. En este última hay poemas inolvidables. El soneto “El editor Francisco Arellano, disfrazado de Humphrey Bogart, tranquiliza al poeta en un momento de ansiedad, recordándole un pasaje de Píndaro, *Píticas* VIII 96”, “Isabel”, “Sobre un tema de J. M. M.”, “Cuando vivías en la Castellana”, “El otro barrio de Salamanca”. No podría elegir tan solo unos poemas de esa última sección, recuerdo que fueron los que más me impactaron; hoy aprecio algo más poemas tan descarnados como “Conversación”, de la primera sección, “El Puente de la Espada”. El lector es voluble o los libros vivos cambian. ¿Tienes también, según qué días, tus preferencias? ¿Cómo empezaste a mirar el paisaje desolado con los ojos del cine, de la literatura clásica, de las palabras cotidianas?

LAC: Acabo de publicar en Renacimiento una antología, *Por las calles del tiempo*, en la que soy yo quien llevo a cabo la selección de mis propios poemas. Hoy, casi un año después, no elegiría los mismos poemas. Coincidiría en un ochenta por ciento, pero el restante veinte por ciento siempre es cambiante. Según qué días y hasta según qué horas. Empecé a ver ese paisaje desolado desde siempre y a través de todo lo que amo, que es, en efecto, el cine, la literatura clásica, los tebeos. Eso sí, lo trasladé a palabras cotidianas a partir, sobre todo, de *La caja de plata*.

FM: Tu siguiente libro, *El otro sueño* (1987), es curiosamente el libro en que apuestas de forma consciente por la “línea clara”, sobre todo a partir de su tercera sección: “Las mañanas triunfantes”. Un poema como “Contra las Canciones de Opósitos”, donde rechazas la ambigüedad y el romanticismo barroco (“Me he pasado la vida conciliando contrarios. (…) Quiero volver atrás, al tiempo en que las cosas / no eran tan complicadas, y el amor no era odio...”). Y un poema como “Hoy he tenido un sueño con amigos”, afianzan los pies del poeta en el suelo, apuestan poéticamente por encontrar un orden en el caos.

***LAC: El otro sueño* es un libro escrito desde la confianza en mi "nuevo" estilo, pues acababan de darle el Premio de la Crítica a mi *Caja de plata*. Por eso en él se desarrollan, como muy bien has visto, los presupuestos teóricos de la "línea clara". Estilísticamente *El otro sueño* no es más que una continuación de *La caja de plata*.**

FM: ¿Es esta una razón para escribir poesía? ¿El tema arquetípico del héroe que lucha contra las fuerzas del caos lo tenías presente (supongo que no) cuando escribías este libro?

LAC: No lo tenía presente, pero tú acabas de hacérmelo ver. Estoy completamente seguro de que mi escritura poética no es más que una lucha, perdida de antemano, contra las fuerzas del caos. Un combate, a la vez festivo y melancólico, en vísperas de la *Götterdämmerung*.

FM: En otras secciones de ese libro, como la titulada *Los invitados*, aparece Sonja la Roja. "La que viene de lejos para velar tu sueño". Sonja, "la rival de Conan". En esta sección no renuncias a la ilusión del niño, te asisten los héroes del cómic, que, en el adulto, llenan un vacío de explicación del mundo. En este libro concilias la necesidad del sueño (y de la ficción) con la necesidad adulta de claridad. Volviendo a la anterior pregunta –ahora, desde otro punto de vista–, ¿mueve tu poesía la necesidad de explicarte un sentido de las cosas que aparentemente no lo tienen?

LAC: La poesía, como el mito, es un intento de explicar (o, más bien, de explicarse) el mundo. No es que proporcione sentido a las cosas, pero ayuda a transitar por ellas con más comodidad y una pizca menos de angustia.

FM: También, en *El otro sueño*, aparecen temas de preocupación cultural, quizá social: "Julio Martínez Mesanza", un poema sobre la edad caballeresca de la civilización europea, que contiene una derivada a lo personal: "Y contigo regresa el coraje a mi alma, / y la euforia serena, y el fervor sosegado, / y vuelven inmutables leyes a protegerme / de quienes hoy legislan...." Y, como en el poema "España", de la última sección del libro ("Viñetas"), se anuncian temas y preocupaciones que reaparecerán en el libro *Por fuertes y fronteras*. (La decadencia de España, la reflexión sobre la cultura europea, la religión, la política, temas "serios" y de rancia tradición poética, hoy desterrados incomprensiblemente de la poesía española, junto a temas "lúdicos", como los "héroes" de ficción infantiles, las "chicas" y los "borrachos").

¿Crees que en poesía se puede hablar de todo? ¿Por qué sentiste la necesidad de juntar en negro sobre blanco tantos argumentos contra un poeta puro y contra ti?

LAC: Porque nunca he creído en la poesía pura, a pesar de mi admiración por Juan Ramón. Creo que la poesía debe ser, más bien, como tú dices, una amalgama de argumentos contra ella misma. Todo puede ser susceptible de convertirse en poema. En poesía se puede hablar absolutamente de todo, con tal que el mensaje transmitido tenga valor poético, o sea, abunde en connotaciones y no restrinja su discurso al elaborado mediante un lenguaje meramente denotativo.

FM: Tu siguiente libro, *El hacha y la rosa* (1993), publicado todavía, como los dos anteriores, en Renacimiento, es quizá el libro donde llegas al acmé, al pleno dominio de tu poética del héroe desleído en lo cotidiano. Desleído en un doble sentido. Quizá, en este libro, te despides definitivamente de la salvación por la literatura, y la ironía, muy crítica, ya está en el extremo de la relativización de esa "alta misión" (un poco autista y esquizoide, creemos nosotros) que en los 70 se daba a la literatura. Unos querían cambiar con ella el mundo; otros elaborar para ella y para sí mismos un búnker inexpugnable. Preciosos, por y a pesar de su mordacidad, poemas de ese libro: "Zombis en la calle", "El desayuno", "Nausícaa". Te despides también con amor, con ternura, de aquellas sombras de la literatura, para quizá algún día volver...

¿Cómo ves tú, ahora, la propuesta de los poemas de ese libro?

LAC: Son la consolidación de la *maniera* iniciada en *La caja de plata*. Se publicó un adelanto importante de ese libro en la recopilación *Poesía 1970-1989* publicada en 1990 por Renacimiento. En *El hacha y la rosa* están algunos de mis poemas más conocidos, como "El desayuno". Fue, además, el último libro "canónico" cuya primera edición apareció en Renacimiento antes de mudarme a Visor (el propio Abelardo Linares me recomendó que cambiase de aires para propiciar una mejor distribución de mis libros).

FM: *Por fuertes y fronteras* (1996) sigue siendo uno de los libros más complejos de la poesía española de los últimos veinticinco años. Y sigue siendo un libro raro. Quizá alguna de sus claves puedas explicar, como la cita preliminar de Juan Eduardo Cirlot...

LAC: Es el libro de una ruptura sentimental, como lo fuera *Elsinore* (1972). Hay poemas que están escritos antes de la ruptura, pero que ya la anuncian. Coincide, además, con el fallecimiento de mi madre (mayo de 1995), La última parte, incorporada al libro a partir de su segunda edición ampliada (San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular "José Hierro", 2002), está escrita después de la ruptura. Es un libro muy desolado, lleno de claves personales de difícil elucidación.

FM: El libro contiene secciones tan distintas y a la vez engastadas como placas telúricas. "A quemarropa", una de sus secciones, contiene la "Advertencia al lector" de que entienda tu "literatura" "como lo que es: un grito (o un susurro) de angustia / y soledad".

No sé qué preguntarte sobre eso. Di lo que quieras, si quieres.

LAC: Ya reparaste antes en ese poema, "Advertencia al lector". Creo que buena parte de mi "literatura" es justamente eso que digo en el poema. Buenos lectores como tú lo perciben con claridad.

FM: En otras secciones de ese libro, "La herida oculta", "Puesta de sol", sometes a una cierta revisión –a una "prueba"– tu poética diurna, la línea clara sale de ella ganando, en poemas como "Vive la vida". ¿Es un libro de crisis?

LAC: Es un libro de crisis, de desbarajuste anímico, de confusión, de furia, de indefensión, de soledad.

FM: Y, sobre todo, en la sección "La flor azul", alcanzas una nueva síntesis entre el simbolismo y el amor a lo vital que es un sello, para el lector, de la lectura de tu obra. "Cnoso", "La flor azul", son poemas donde comparece la imagen de la madre, que es también la madre Tierra y también la cultura que nos sostiene, desde Creta, y la Diosa Blanca, y el Mediterráneo.

¿Sentiste que expresabas ahí todo lo que querías?

LAC: Ya anunciaba esos temas en la primera sección de *El hacha y la rosa*, rotulada precisamente "La Diosa Blanca". La muerte de mi madre reforzó esa línea argumental de mi poesía en torno al Eterno Femenino, un *Ewigweiblich* que acababa de perder por partida doble.

FM: En otros poemas viertes una dualidad entre angustia ("Navidades de 1995) y confianza ("Religión y poesía"). ¿Esa tensión sentías que podía paralizarte?

LAC: No, al revés. Vivo siempre en tensión de contrarios. Como casi todo el mundo que piensa.

FM: La última sección se titula "Paisaje después de la batalla": vuelve la mirada con cierta irónica distancia (en el poema "Los dramas confucianos") sobre los despojos de la lucha.

¿Hay mucho positivo alcanzado, no?

LAC: Sí. Mucho camino recorrido. Muchas magulladuras. Muchos rasguños. Pero todo eso ayudó a que las heridas se cerraran.

FM: *Sin miedo ni esperanza*, el siguiente libro, de 2002, tiene ya en su título una divisa. Me detengo en un par de poemas: En el que tiene el mismo título que el libro citado. Y en otro: "El Puente de la Espada", que revisita tu primera sección de *La caja de plata*. En ambos poemas parece que continúas un diálogo con dos temas recurrentes en tu obra: el desafío del héroe (que ha de someterse a la prueba y salir vencedor para que reine un orden) y la caída de la apuesta que presenta el personaje femenino, esto es, el cese de la tensión heroica y la aceptación de la naturalidad de la vida y de la cotidianidad de la mutua compañía entre hombre y mujer cuando "los ángeles rebeldes / ...al final se han salido con la suya / perdiendo la batalla").

¿Qué claves nuevas avanza este libro?

LAC: En lo biográfico ese libro traslada al papel el hallazgo, siempre asombroso y electrizante, de un nuevo amor. Se suaviza el clima tormentoso de *Por fuertes y fronteras*, y hasta hay lugar para una poesía de carácter lúdico que enlaza con ciertos comportamientos creativos previos a *La caja de plata*.

FM: Los siguientes, *La vida en llamas* (2006) y *El reino blanco* (2010), así como los siete poemas que cierran tu antología *Por las calles del tiempo*, escritos en verano de 2009, poseen un extraño sosiego. Hay poemas donde te reencuentras de nuevo, te reencuentras de

nuevo cómodo en la literatura. Haces gozar al lector de la retrospectiva sobre el camino andado; son casi todos los de *La vida en llamas*. Pero, en otros poemas –ya en el primero "Por el camino verde", del libro *El reino blanco*–, se deja entrever un desasosiego y la reanudación de la tensión de tu poesía, una inminencia de rebelión que no se saturó en *Sin miedo ni esperanza*.

LAC: Estoy de acuerdo al cien por cien en lo que dices. La vida de un hombre es un continuo sobresalto, un caminar al borde del precipicio, una zozobra perpetua. El sosiego duró lo que duró. En mis dos últimos libros hay una mezcla de conflicto y de serenidad que caracteriza de manera ejemplar la edad en que los escribí (entre los cincuenta y los sesenta años).

FM: ¿Cómo ves desde la perspectiva aún próxima estos dos últimos libros? ¿Inician una nueva andadura?

LAC: No lo creo. Perfilan la andadura de siempre. La depuran tal vez. La someten al alambique de la edad. La hace más grave, más combada por el peso del tiempo. Pero es la misma de siempre, aunque los huesos ya no funcionen como antes.

FM: Me encantan poemas como "Plegaria de la buena muerte", donde actualizas el tópico del *memento mori*; un poema en que logras toda la empatía con el lector, lo que es tanto como decir, con el noventa por ciento de los "desheredados de este mundo". Ya sabemos que el otro diez por ciento es analfabeto.

¿Qué puede hacer la poesía por los verdaderos desheredados?

LAC: Darles opciones identificativas. Decirles: yo también sufrí, gocé, aguanté, resistí, abandoné, perdí, fui abandonado. En *Ivanhoe*, el protagonista gana un torneo con el nombre ficticio de "caballero desheredado". Los desheredados con sensibilidad pueden incluso ganar torneos.

FM: Termino pidiéndote que, como en los cumpleaños, soples tú las velas de esta celebración, que es lo que ha sido para mí (y espero que también para los lectores) esta entrevista. Que se cumplan todos tus deseos, mucha suerte, poeta, y muchas gracias.

LAC: Soplo las velas de esta inmerecida celebración que *Ágora* me regala y, mientras soplo, formulo mis mejores deseos de salud para la revista y para vosotros, queridísimos amigos.

Entrevista de Fulgencio Martínez

SCHOLIA

ARTÍCULOS SOBRE LIBROS DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

POR LAS CALLES DEL TIEMPO, LA ANTOLOGÍA PERSONAL DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis Alberto de Cuenca
Por las calles del tiempo (Antología personal, 1979-2010)
Editorial Renacimiento, Sevilla, 2011.

Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950) ha frecuentado muchas y variadas antologías de poesía española contemporánea. En unos casos, junto a poetas de su generación: como en la temprana *Espejo del amor y la muerte* (1971), de Antonio Prieto, y en la un poco posterior, *Joven Poesía española*, de Concepción G. Moral y Rosa María Pereda (Cátedra, 1979). En otros casos, dentro una selección de poesía española del siglo XX, como la antología de Visor *El último tercio del siglo (1968-1998), Antología consultada de la poesía española* (1998).

La propia obra de Luis Alberto de Cuenca ha sido antologada por otros poetas: por citar un ejemplo, en la hermosa antología *Su nombre era el de todas las mujeres y otros poemas de amor y desamor*, seleccionada por Lara Cantizani (Renacimiento, 2005). Los internautas pueden encontrar un aperitivo de la poesía luisalbertiana publicado en Poesía en el Campus, en este enlace: http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/27/76/_ebook.pdf

EI poeta madrileño ha hecho, incluso, una antología de la poesía española: *Las cien mejores poesías de la lengua castellana (* Espasa-Calpe, 2008).

Además de en antologías, su obra publicada hasta 1998, se encuentra recogida fundamentalmente en dos libros: *Los mundos y los días* (editorial Visor) y *Poesía. 1979-1996* (Cátedra. Letras hispanas). *Los mundos y los días. Poesía 1972-1998*, recoge poemas de libros anteriores a *La caja de plata*, este mismo libro, auroral en la obra madura del poeta, y los siguientes tres publicados, más un adelanto del futuro *Sin miedo ni esperanza*, que lleva el título de "El bosque y otros poemas"(1997). La recopilación de Cátedra, *Poesía. 1979-1996*, edición de Juan José Lanz, presenta, con algunas variantes, sus cuatro libros centrales: *La caja de plata* (1985), *El otro sueño* (1987), *El hacha y la rosa* (1993) y *Por fuertes y fronteras* (1996).

La relación del poeta con el género helenístico de la antología (no es necesario remontarnos a su afición poética y filológica a la *Antología palatina*) está suficientemente demostrada.

Entonces, ¿qué aporta nuevo esta última antología publicada en Renacimiento a mediados de 2011, con el título de *Por las calles del tiempo. Antologia personal (1979-2010)*?

Como nos dice el propio autor en la *nota introductoria*, y reza en el subtítulo del libro, se trata de una antología *personal*, por tanto escogida con el criterio del poeta. Para ser exactos, es la segunda antología personal de Luis Alberto de Cuenca, o la primera publicada en España; como se indica en la citada nota, hubo antes otra: *El jardín de la memoria*, que apareció en México en 2007 (Universidad de las Américas, Puebla).

Por las calles del tiempo comprende poemas escritos entre 1979 y 2009: treinta años de escritura luisalbertiana que representan una de las apuestas más logradas de la poesía española actual. Esta nueva antología abarca poemas desde *La caja de plata* (1985) - libro que marcó, con su sección "*La brisa de la calle*", el asentamiento de la línea clara en la poesía de Luis Alberto de Cuenca y que recibió el Premio de la Crítica en 1986 - a los tres libros siguientes (que se recogían en las recopilaciones de Cátedra y Visor); pero, sobre todo, presenta a los lectores la novedad de incluir también poemas de los libros más recientes del poeta: *Sin miedo ni esperanza* (2002), *La vida en llamas* (2006) y *El reino blanco* (2010), y aun más: incluye siete poemas del verano de 2009, aún no publicados en libro.

Así pues, los lectores de poesía pueden encontrar en *Por las calles del tiempo* un panorama muy amplio de la obra de uno de los poetas *top* actuales. Luis Alberto de Cuenca es *rara avis* entre los poetas vivos pues ha alcanzado a tener *fans*, lectores fieles que no sólo son los habituales del género hoy marginal de la poesía. Para estos *fans* de Luis Alberto de Cuenca, que esperan con ansiedad cada uno de sus libros, creemos que está pensada también esta nueva antología. Los poemas escogidos se presentan en ella siguiendo el orden cronológico en que fueron publicados los libros a los que pertenecen, y al final, se ofrece la propina de los siete últimos poemas inéditos.

De los poemas elegidos en *Por las calles del tiempo*, el propio poeta nos dice que son los poemas que "hoy, en la primavera de 2011, me son menos indiferentes". El libro está dedicado a la memoria de su madre, Mercedes Prado, referencia fundamental del que creo el mejor libro de Luis Alberto de Cuenca, *Por fuertes y fronteras*, y muy en especial, de uno de sus poemas: "La flor azul".

Comienza la antología con "Amor fou", primer poema de la primera sección, El Puente de la Espada, del libro *La caja de plata*. Curioso que este poema da inicio también a ese libro publicado en 1985: lo que indica la conciencia de un hito en su escritura. "Amor fou" se publicó en 1979 (fecha de donde arranca el panorama poético de la antología que comento), en la revista *La Moneda de Hierro. Extremos a que ha llegado la poesía*. Núm, 1; una revista madrileña de escasa vida donde colaboraban jóvenes escritores, como el novelista Javier Marías (de siempre he sido aficionado a las revistas de poesía y aun guardo el ejemplar, con cubierta de cartón marrón, de La Moneda de Hierro, que adquirí en la librería Fuentetaja de Madrid).

Si "Amor fou" abre la primera sección de *La caja de Plata*, y señala la presencia del héroe posmoderno, del mito y la fantasía como recursos con que abordar el caos y la confusión de la realidad; otro de los poemas destacables en esta Antología personal, el célebre soneto al editor Francisco Arellano, de largo título que excuso reproducir, es el segundo poema de la sección La brisa de la calle, de ese mismo libro; y donde está la voz ya lograda de Luis Alberto de Cuenca: la cotidianidad, la ironía, la metaficción del yo poético, la línea clara. ("Optimismo", el primer poema de esa sección de *La caja de plata*, no lo incluye su autor en *Por las calles del tiempo.* Curiosamente, el autor cambia el título, en la actual autoselección, del poema "La despedida" -del libro *El otro sueño*-, de cuyo verso final ha tomado prestado el título de la antología; este poema aquí se titula "Julia": "*yo te estaré queriendo vida mía en la sombra*, / *mientras mi pecho aliente, mientras mi voz alcance* / *la estela de tu fuga, mientras la despedida* / *de este amor se prolongue por las calles del tiempo*". Para los amantes de los enigmas, es un atractivo añadido leer esta Antología personal intentando responderse a la pregunta de por qué el autor ha cambiado el título de ese poema rabiosamente romántico, que tan bello nos parece a sus lectores. En todo caso, parece un acierto del autor el haber escogido el sintagma "Por las calles del tiempo", como título de esta antología de versos que es, también, un recuento existencial).

Me interesan, entre todo lo señalado por la crítica, dos cosas, o tres, de la poesía luisalbertiana, pero eso que me interesa me interesa mucho, más de lo que me puede interesar la obra total de otros poetas.

1. *El monólogo interior dramático.* Se ha dicho que Luis Alberto de Cuenca lo retoma de Cernuda, pero, a diferencia de éste, la ironía, la autoironía luisalbertiana, la conciencia de la insustancialidad posmoderna, hacen más vital (y por ello más eficaz literariamente) el a menudo impostado monólogo cernudiano, heredero del yo romántico. La ausencia de seriedad *a priori* (que no hay que confundir con la carencia de seriedad del poema), la falta de autocomplacencia y del darse importancia, en el monólogo luisabertiano, quizá solo tiene un antecedente de calidad en Gil de Biedma. Otros poetas intermedios entre la generación del 50 y Luis Alberto de Cuenca, como Eloy Sánchez Rosillo, han insistido en el monólogo romántico, acercándolo a lo cotidiano, pero sin transgredir el limbo narcisístico en que el yo poético se encuentra seguro. Un poeta de los 80, como Miguel d' Ors, ha usado la ironía transgresora (no tanto del yo poético, como de las expectativas del posible lector): de su poesía se puede decir que es anticonvencional, pero no creadora porque le falta tensión (tensión interna que es, por el contrario, una de las características de la poesía luisalbertiana).

2. Luis Alberto es un maestro del *poema breve*. En otra ocasión me referí a este género o subgénero poético. (ver "Joaquín Piqueras o el arte del poema breve". *Ágora-Papeles de Arte* G*ramático*, núm 21. Digital 6, noviembre 2010). No se puede confundir el poema breve con otro tipo de composición. El poema breve es quien dirige los límites del monólogo interior dramático en Luis Alberto de Cuenca, incluso esta estructura se apropia del soneto. El "poema breve" es un arte de elegir y presentar una escena o un plano -a veces anécdotico- y de llevarlo en un solo golpe de aliento a un final sorpresivo. Un arte típico posmoderno, evolución del fragmento romántico, pero con acusada diferencia respecto a éste. En el fragmento romántico el lector debía seguir imaginando una historia: lo no dicho, que era parte del silencio, del alma romántica. En el poema breve posmoderno lo que quiere decir es lo que dice el poema; al extremo no importa el poeta – el poema breve es un poema objeto y espejo- sino lo dicho o el movimiento que revela al final. Esa revelación final encierra una sorpresa tanto para el lector como para el autor, que se descubre a través de la lectura de su experiencia objetivada, y logra, de ese modo, arrancar de la anécdota un significado. Por eso quizá -y esto se cumple al máximo en la poesía de L. A. de Cuenca- es esa una poesía donde lector y escritor van codo a codo, produciéndose en ella una comunicación que brota de un concidir ambos (lector y escritor) en un encuentro asombroso en el poema.

No importa tanto si el poema breve albertiano es narrativo ("Eterno femenino"), o si incorpora el monólogo interior dramático, o si a veces funde la narración, el diálogo (Soneto al editor Francisco Arellano), la memoria ("La cita"), el humor, la ironía, la cultura clásica ("*Teichoscopia*"), el cómic, el cine, los mitos modernos, y la subculturas urbanas, o la angustia existencial, la soledad ("Advertencia al lector"). Llamo a leer este poema del libro *Por fuertes y fronteras:* es casi una poética, marca (al igual que en este libro) el tono existencial de esta poesía aparentemente irónica y optimista.

"Oyendo a Dinah Washinton – son las diez de la noche
de un veintitrés de octubre – , se me ocurre decirle
al presunto lector de mi "literatura"
que procure evitarla como se evita a un huésped
molesto – un erudito, una rata en el baño – ,
y si, por alguna razón que se me escapa,
quiere seguir leyendo, que entienda lo que lee
como lo que es: un grito (o un susurro) de angustia
y soledad."
("Advertencia al lector")

He querido señalar también esa cara "seria", de la poesía de Luis Alberto de Cuenca: se ha dicho (Juan José Lanz, en "Introducción" a *Poesía*, Cátedra*)* que es la expresión ambigua del Sujeto escindido posmoderno. Ahora ya puedo hablar de la tercera cosa que me interesa en este poeta. Ya hemos visto que esa cara seria no la oculta, está presente y manifiesta en su poesía, con esa sinceridad que estima el propio autor como componente esencial del poeta; y, sin embargo, mágicamente, sus poemas irradian alegría y nos transmiten energía humana, quizá nos sugieren que hay una fuerza insospechada en el ser humano que es capaz de distanciarse (con ironía, con inteligencia) de su propia miseria.

3. La apuesta por *la línea clara*. (*Linea chiara* es el título de una traducción al italiano de algunos libros de Luis Alberto de Cuenca). En repetidas veces el poeta se ha interesado por el aspecto sociológico de la poesía actual, tema que, frente a la opinión de algunos, no es ajeno a la misma escritura poética. "La poesía puede y debe salir del *ghetto*, de las mafias y sectas del malditismo. De su propia y tediosa iconografía".

La línea clara, lo diurno, es también un centro de gravedad interior en la poesía de Luis Alberto de Cuenca. La claridad no excluye lo nocturno, lo hermético, lo laberíntico y simbólico, sino que es precisamente lo que da sentido es esos símbolos y obstáculos iniciáticos. La voluntad del día tratará de alcanzar el núcleo atravesando todos los espejos y símbolos que lo refractan, y lo alejan a la vez que lo muestran. La tensión de un orden de la realidad es el aliento de la gran poesía.

Como en la filosofía hermenéutica (Gadamer, Barthes, Derrida, Deleuze, Ricoeur, Vattimo) compañera del héroe precario posmoderno de la poesía luisabertiana, se trae de nuevo al plano histórico la esencia arquetípica del hombre: la de imponer un orden a lo real, como los antiguos héroes de las epopeyas. Pero, ahora, en esta circunstancia histórica, el héroe está, en mayor o menor medida, afectado por la duda de sí; es también un héroe melancólico, como el Quijote, o, como el mismo Cervantes; un héroe desleído en la cotidianidad de los poemas de Luis Alberto de Cuenca, pero que no renuncia nunca a esa tarea ideal; de ahí, la tensión, la angustia no saturada y el signo vital de esta poesía. La poesía se ha quedado mucho tiempo con Verlaine oyendo sus propios violines. Luis Alberto de Cuenca, por eso, quizá da un paso aparentemente hacia atrás (en realidad, hacia adelante) y dice que él hace no poesía, sino literatura. Frente al verlaniano "Et tout le reste est littérature", origen de tantas poéticas "puras" que siguen enmerdadas en su complacencia.

Observe el curioso lector el final del poema "El cuervo", que pertenece a uno de los últimos libros de Luis Alberto de Cuenca, *El reino blanco* (2010). Con excusa de la lectura de un libro que hace referencia al célebre poema de Edgad Poe, se despide de la literatura moderna simbolista que se rezaga en sus simbolos y olvida lo vital.

Aunque para ser más precisos, en la poesía de Luis Alberto de Cuenca no hay ruptura, sino evolución respecto al modernismo simbolista; del mismo modo, que no hay tampoco negación de etapas anteriores -culturalistas, o luego, realistas urbanas- sino evolución en el conjunto de su obra. Desde *Por fuertes y fronteras* se puede advertir bien en esta antología el progresivo reencuentro con la tensión del símbolo y las instancias de la vida.

De toda esa evolución, como lector, tengo preferencia por dos poemas: "La ciega y el lector", y una de las "Soleares" del libro *El otro sueño*. Esta "soleá" luisabertiana dice:

No sé de mejor olvido
que recordar muy despacio
las cosas que han sucedido.

Podría ser una letra flamenca popular, de las que tanto saben apreciar amigos míos como Andrés Salom.

"La ciega y el lector" es el antepenúltimo poema de esta Antología, incluido en la sección final "Inéditos", y en su día me lo envió Luis Alberto de Cuenca para ser publicado en la revista Ágora. Lo cito, aparte de por este motivo personal, porque recoge bien lo dicho anteriormente sobre la evolución del poeta, sin ruptura: los libros no solo no amputan la vida, sino nos dan más ganas de ella.

LA CIEGA Y EL LECTOR

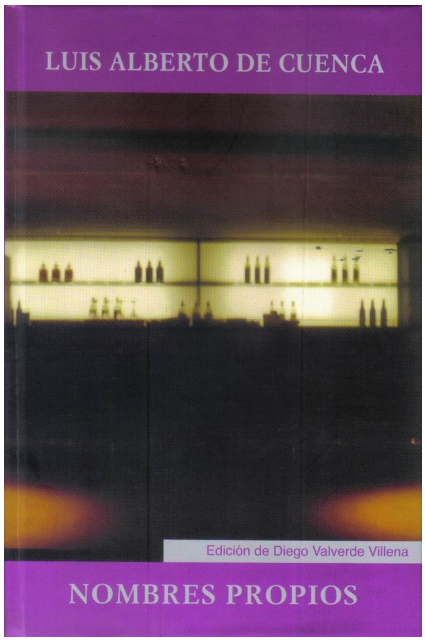
Me ha gustado muchísimo *Moll Flanders* de Defoe.
¡Lees, además, tan bien! Pero tengo una idea:
dejemos la lectura por una noche, y llévame
al teatro, a una fiesta popular o, aún mejor,
a un baile de disfraces. Una noche en la calle
vale más que cien libros. Y cuéntamelo todo,
quiero saberlo todo de lo que ves ahí fuera.
Conviértete en mis ojos también para la vida
que respira en la calle. Léeme el mundo, amor,
pon luz en mi tiniebla con páginas reales.

(Luis Alberto de Cuenca, *Por las calles del tiempo*, p. 246)

Fulgencio Martínez

NOMBRES PROPIOS

Luis Alberto de Cuenca
Nombres propios
Universidad de Valladolid, marzo de 2011



Cuando mi buen amigo y colega en las funciones de dirección de *Ágora-Papeles de Arte Gramático*, Fulgencio Martínez, me envió el texto definitivo de la que iba a ser nuestra revista impresa nº 20-23, dedicada casi íntegramente a la figura de Guillermo Carnero, estaba convencido de que el camino que habíamos emprendido con ella era el correcto y que nuestro próximo número estaría dedicado casi por completo a Luis Alberto de Cuenca, común amigo de ambos. Por ello, cuando se lo propuse, no encontré otra cosa que no fuese entusiasmo, ya que, además, para Fulgencio, el "sabio de omnímodos intereses" (gracias Daniel Arjona) es uno de los tres poetas vivos... Casi al mismo tiempo se me planteó la duda sobre qué libro me gustaría escribir en el volumen impreso que tienes entre las manos (o en Internet, que nunca se sabe cuando leerás este comentario, desconocido lector).

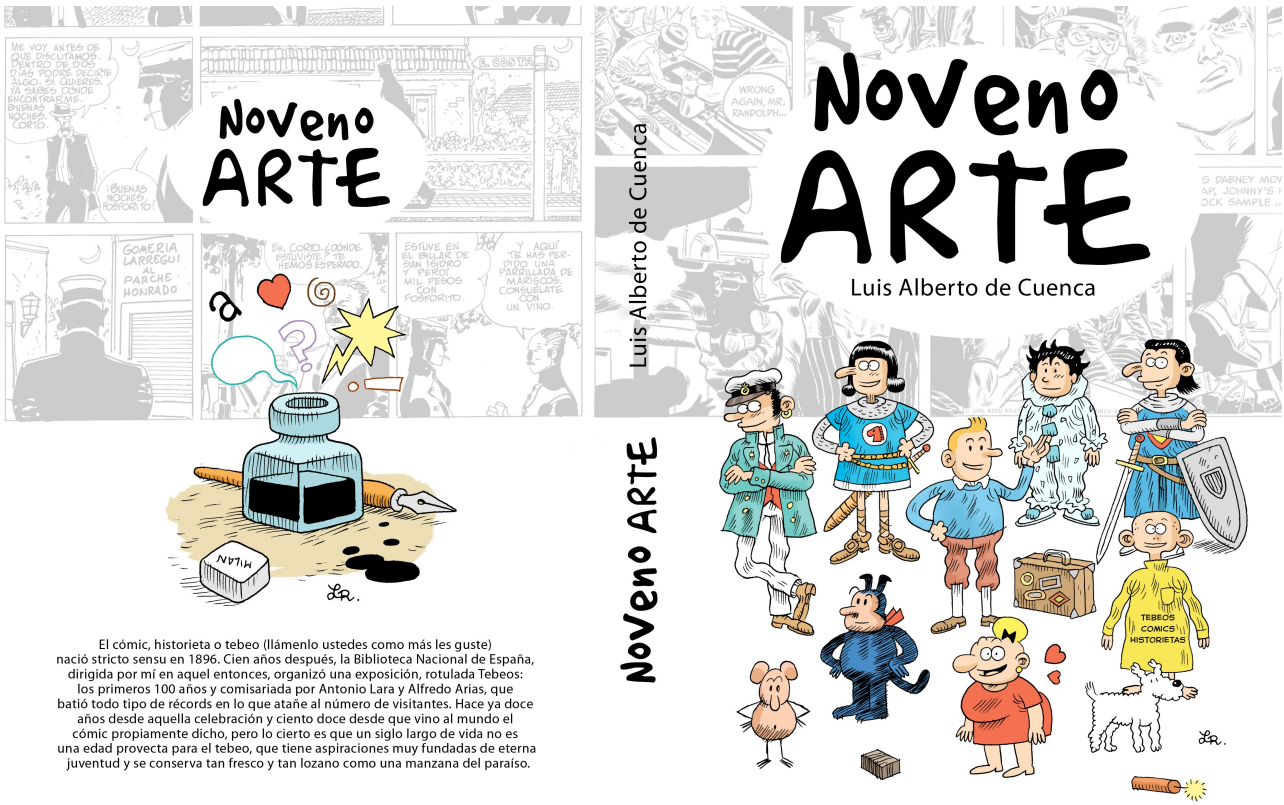
En *Ágora*, o en *Acantilados de Papel*, ya habíamos comentado las últimas novedades poéticas del autor madrileño- si esto de las "últimas novedades" es posible decirlo con Luis Alberto de Cuenca-, pero recordé que en marzo o abril del 2011, es decir, hacía unos días, se había editado *Nombres propios*, edición de Diego Valverde Villena, que recogía textos de "muy diversas procedencias con el diario ABC a la cabeza" que nos ilustraría el propio autor en el epílogo del libro que nos ocupa. En efecto, es un libro, dedicado a Paul Naschy, donde el lector va a encontrar otras facetas, otros rostros, otras pasiones de De Cuenca, y en el cual ya desde esa dedicatoria descubrimos que nos encontraremos con toda una galería de sus nombres secretos, como los titula el autor del prólogo, el citado Valverde Villena.

Dividido en cinco partes, a saber: Vida, Filologías, Lecturas, Fotogramas y Varia Lección, desvelaremos esa lista de nombres encabezada por Borgues, con Shakespeare, Virgilio, Hedí Lamarr, Lon Chaney, Pérez Reverte, Paul Naschy- por supuesto-, Red Sonja, Andersen, G. K. Cheterton... pero también su relación con el traje, con el mayo del 68 siendo de la generación del 68, sus lecturas, sus películas: Manhattan, Scarface, Annie Hall (añadamos pues el nombre de Woody Allen a la variada lista), y sobre todo Paul Naschy-Jacinto Molina... interminable lista que nos llevará a un ¿inesperado artículo final? titulado Culos. Escribe Luis Alberto que "si la cara es el espejo del alma, me da la sensación de que el culo puede serlo del cuerpo". Ya lo decía Daniel Arjona en El Cultural, este libro es "un compendio heterodoxo de muy concretas y nominales pasiones". Setenta y tres textos, setenta y tres facetas para conocer mejor a Luis Alberto de Cuenca.

F. J. Illán Vivas

LUIS ALBERTO DE CUENCA Y EL MUNDO DE LA VIÑETA

Por Pilar Quirosa-Cheyrouze



El cómic, historieta o tebeo (llámenlo ustedes como más les guste) nació stricto sensu en 1896. Cien años después, la Biblioteca Nacional de España, dirigida por mí en aquel entonces, organizó una exposición, rotulada Tebeos: los primeros 100 años y comisariada por Antonio Lara y Alfredo Arias, que batió todo tipo de récords en lo que atañe al número de visitantes. Hace ya doce años desde aquella celebración y ciento doce desde que vino al mundo el cómic propiamente dicho, pero lo cierto es que un siglo largo de vida no es una edad provecta para el tebeo, que tiene aspiraciones muy fundadas de eterna juventud y se conserva tan fresco y tan lozano como una manzana del paraíso.

agradecimientos a *Diego Cara, de D. Tebeos*

Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950), filólogo, poeta, traductor y ensayista, es el autor de este imprescindible título, *Noveno arte*, publicado en 2010 por De Tebeos Ediciones, dentro de la colección ETC, un paseo por el mundo de la viñeta, donde hace un exhaustivo recorrido a través de una interesante exposición teórica y donde se incluyen una serie de artículos publicados desde el año 1990 hasta 2010, en soportes literarios que han gozado de una línea significativa en *ABC*, *ABC Cultural*, *ABCD Las Artes y las Letras* y la revista *Mercurio*.

Un homenaje a los clásicos, especialmente a Hergé, creador de *Tintín*, y el significado de la "línea clara", una apertura hacia un nuevo clasicismo, que con tanta evidencia representó la segunda etapa de la poética del autor.

Luis Alberto de Cuenca es un defensor a ultranza del mundo del tebeo, al que considera imprescindible en el acervo cultural del siglo XX, y este libro se abre con una interesante entrevista realizada por el investigador del cómic, Diego Cara, editor del sello almeriense D.Tebeos Ediciones.

Por el paisaje del libro puede recorrerse los primeros encuentros infantiles de Luis Alberto de Cuenca con el mundo de las viñetas, una evocación que funde conocimiento y magia, en torno a aquellos primeros héroes de papel: *El Guerrero del Antifaz*, del gran Manuel Gago, Roberto Alcázar y Pedrín, *El Coyote*, de José Mallorquí, *El Cachorro*, *el Capitán Trueno*, del gran Víctor Mora, *El Jabato*, tebeos con los que tanto disfrutaron los niños de postguerra. Como punto de referencia, su admiración por las series norteamericanas de los años 20, 30 y 40 del pasado siglo, una auténtica Edad de Oro, con aquellas *daily strips* editadas de lunes a sábado, y los domingos, con las páginas a color, llamadas *Sundays*, de gran resonancia, como señala el autor.

Investigador y coleccionista de cómics, Luis Alberto de Cuenca realizó, entre otras muchas colaboraciones literarias, el epílogo del libro *Historia de Lucena*, editado en 2008. Fue director del Instituto de Filología del CSID y de la Biblioteca Nacional de España (Precisamente, el autor señala en uno de sus artículos, que no había inventario de cómics cuando él accedió a la dirección de la Biblioteca Nacional, y tampoco se encontraban colecciones completas de tebeos). Fue Secretario de Estado de Cultura durante el gobierno popular de José María Aznar. Está en posesión de la Medalla de las Bellas Artes concedida por el gremio de historietistas, y en 1987 obtuvo el Premio Nacional de Traducción por su versión del *Cantar de Valtario.* Como letrista, hay que resaltar su interesante contribución, como autor de algunas de las letras más exitosas de la Orquesta Mondragón o los poemas musicados por Gabriel Sopeña e interpretados por el cantante Loquillo.

El paisaje de la viñeta alumbra a muchos artistas, desde *El Príncipe Valiente* de Hal Foster, *Flash Gordon*, de Alex Raymond, hasta el *Asterix* de Gascinny y Uderzo, de tan cuidada y sugerente escritura en los guiones de sus álbumes, y engloba los maestros de la narración en imágenes, tales como Osamu Tezuka y Katsuhino Otomo, creador de *Akira*, en el lenguaje del manga japonés. O el legado de *Little Nemo in Slumberland*, de Winsor McCay, el onirismo en la tierra de los sueños, el *Tarzán* del canadiense Rudolph Foster, de larga saga cinematográfica, o Popeye, de Elsie C. Segar. Y la apuesta por los cómics de superhéroes, con Bob Kane, creador de *Batman*, las noches de Gothan y las resonancias medievales, que encubre la ciudad de Nueva York. Con la sucesión de imágenes y acción de *Spiderman*, *Lobezno*, *Daredevil*, *La Patrulla X*, *Los Vengadores* o *Sin City.* El *Conan*, de Barry Smith, en cine "*Conan el Bárbaro"*, de John Milius (1982). Obras impactantes como la creada por Moebius y *Silver Surfer*, el superhéroe más metafísico de la Marvel, como bien señala Luis Alberto de Cuenca en este *Noveno Arte.* O artículos como el referido a la colaboración entre Federico Fellini, el creador de *Amacord* y *La Strada*, junto a las ilustraciones de Millo Manara. El *Pinocho* de Antonio Saura, *Zipi y Zape*, de Escobar, los *collages* de Chummy Chumez y la impronta inmersa en la educación sentimental de un tiempo. La *Mafalda* de Quino, las ilustraciones de Carlos Puerta y Miguel Ángel Martín, con el increíble potencial icónico de sus dibujos, los monstruos y universos paralelos de Zoe Berriatúa… un campo inmenso, un arte vivo, unas secuencias llenas de significado.

Y el traslado al mundo de las viñetas de las grandes historias de la literatura universal, caso de *Ivanhoe*, de Walter Scott, o *En busca del tiempo perdido*, de Proust, o las obras de Herman Neville, Charles Dickens, Víctor Hugo, Daniel Defoe, Miguel de Cervantes, Robert Louis Stevenson, Mark Twain, Edgard Allan Poe, Arthur Conan Doyle

(*Classics Illustrated*), por citar algunos de los escritores mencionados por el autor de *Noveno Arte*.

O libros imprescindibles, citados por Luis Alberto de Cuenca, tales como *Los cómics en la prensa diaria, humor y aventuras*, de Antoni Guiral, coordinador de obras especializadas en historiografía del cómic. Los trabajos *El lenguaje del cómic. De la historieta y su uso. 1873/2000*, de Román Gubern y Jesús Cuadrado y *El discurso del cómic*, de Luis Gasca y Román Gubern, o la obra de Javier Coma, *Diccionario de los Cómics. La edad de Oro*, aunando signo e imagen. Los imprescindibles trabajos de Jesús Cuadrado y Luis Conde Martín, herramienta para cotejar trabajos de documentación e investigación, como bien señala el autor de este magnífico libro, a través de gran amenidad y claridad expositiva, a los que se une el libro *Los cómics, arte para el consumo y formas pop*, de Terenci Moix.

Y en España, la entrañable aportación del semanario *Pinocho* de Editorial Calleja, *Chicos*, *Mis chicas*, *Flechas y Pelayos*, *TBO*, revista de historietas que dio nombre al género, el humor de *Pulgarcito*.

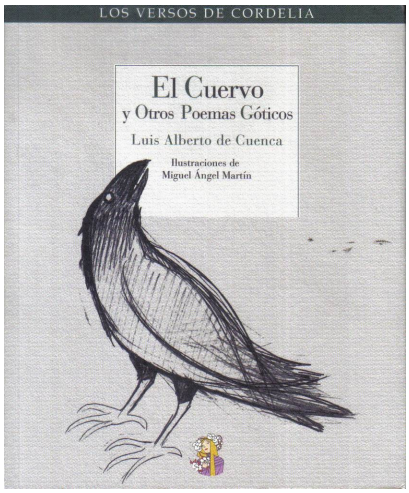
Su apoyo al cómic, el arte secuenciado del que hablaba Will Eisner, el gran creador de *The Spirit*, le ha convertido en uno de los mayores defensores de esta singular aventura. Importante fue su iniciativa en muchos momentos, como el que contribuyó a la exposición *Tebeos: los primeros 100 años*, comisariada por Antonio Lara y Alfredo Arias. El discurso y la constatación de contar historias a través de imágenes, junto a la impronta que vislumbra los valores narrativos, le ha llevado a esa línea de investigación que ha quedado reflejada a través de estos intensos capítulos de *Noveno Arte*, una referencia obligatoria si se quiere conocer el desarrollo de este lenguaje especial, que tiene que ocupar el lugar que le corresponde, y que, en tantas ocasiones, representa la educación sentimental de un tiempo irrepetible.

Pilar Quirosa-Cheyrouze. Escritora y profesora. Forma parte de la directiva de la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios (Críticos del Sur). Delegada por Almería de la Asociación Española de Escritores y Artistas Españoles. Miembro del Consejo Editorial del Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial de Almería. Vocal de Letras de la Asociación Cultural Andaluza Colectivo De Tebeos. Miembro de la directiva de la Asociación Cultural *Manuel del Águila*.

EL CUERVO Y OTROS POEMAS

Luis Alberto de Cuenca
El cuervo y otros poemas góticos
Reino de Cordelia, septiembre de 2010
Ilustraciones de Miguel Ángel Martín

Por Francisco Javier Illán Vivas



En el presente volumen se han agrupado treinta poemas de temática gótica o similar, como nos cuenta el propio autor en la nota preliminar, escritos entre 1970 y 2009 y publicados en varios de sus libros.

Podremos encontrar títulos conocidos por quienes seguimos a Luis Alberto de Cuenca desde hace años, tales como "El fantasma de Rita", "Zombis en la calle", "Zombis mirones", "La muerta enamorada", "Me acuerdo de Bram Stoker", "Homo homini lupus", "Los gigantes de hielo (que a mí siempre me trae recuerdos de aquel volumen de Ediciones Bruguera, "*Conan de Cimeria*", junio de 1973, portada de Frank Frazetta) o "Amor fou", sobre el que Fulgencio Martínez escribe en estas mismas páginas (a propósito de *Por las calles del tiempo*): "*se publicó en 1979... en la revista* La Moneda de Hierro. Extremos a que ha llegado la poesía. *Núm. 1, una revista madrileña de escasa vida*"; pero sobre todo, incluye "El Cuervo", versión libre sobre el inmortal El Cuervo de Poe.

Me apetecía mucho leer este poema, ya que considero que muy pocos autores- aparte de Luis Alberto- se atreverían a revisar el poema de Poe. Y allí estaban otro amor muerto (un 14 de diciembre), y otra desgarrada soledad ("tan solo como un naufrago después de una tormenta,/ como un tucán en medio del desierto de Gobi,/ como un tigre en el Congo, como un ornitorrinco/ en Siberia. Muy solo, muy cansado, hecho polvo...") que caracterizan al poema que inspiró este poema.

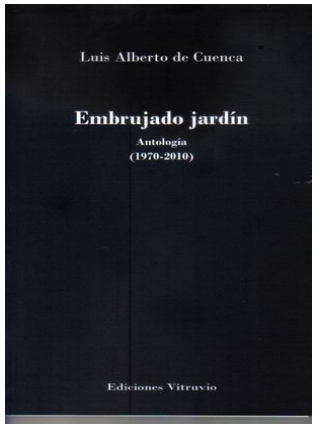
Leí en *Alrededor de Luis Alberto de Cuenca* (Neverland Ediciones, febrero de 2011) la experiencia de Fernando Marías respecto del poema, toda vez que fue él quien propuso a De Cuenca escribir una versión libre de "El Cuervo" de Poe, para la colección "Ternura para los monstruos" (451 Editores) y su temor a que él como instigador y Luis Alberto como escritor, hubiesen cometido una "*blasfemia sin retorno*". Muy al contrario.

El poema de De Cuenca es "su poema", donde cuenta lo que en muchas otras ocasiones nos ha contado, donde nos cita "sus cosas", y ahora, gracias a Fernando Marías como instigador, y a Luis Alberto como escritor, podemos leer dos versiones de El Cuervo, como esas dos Giocondas que se exhiben juntas durante estos días en el Louvre.

No lo he dicho aún, pero otro acierto de este libro son las ilustraciones de Miguel Ángel Marín, en palabras del autor de los versos: "*uno de los mejores ilustradores y dibujantes de cómics que hay ahora en el mundo*", y si lo dice él, que de esto también sabe mucho, ¿qué voy a añadir yo?

EMBRUJADO JARDÍN: ANTOLOGÍA DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis Alberto de Cuenca
Embrujado jardín
Ediciones Vitruvio
Madrid, 2010



Desde hace ya unos años sigo con interés las publicaciones de Ediciones Vitruvio, algo que se creció con el tiempo y mi amistad con Eduardo López Pascual y el seguimiento de las actividades culturales de la Asociación Pueblo y Arte, de Cieza. De Luis Alberto de Cuenca no me escondo para definirme admirador y, aunque no puedo confesar que lo he leído todo- creo sinceramente que es casi imposible, pues mientras leía el libro objeto de este comentario supe de la publicación de otras dos antologías: *Noveno arte* y *El cuervo y otros poemas góticos*-, no es menos cierto que he leído bastante de su poesía, de sus ensayos y he disfrutado con las canciones de la Orquesta Mondragón o de Loquillo, que también en esos campos se ha extendido la actividad creativa de uno de los poetas más importantes de la actualidad, coincidiendo en esta aseveración con mi amigo, y mucho más entendido en la materia poética, Fulgencio Martínez López.

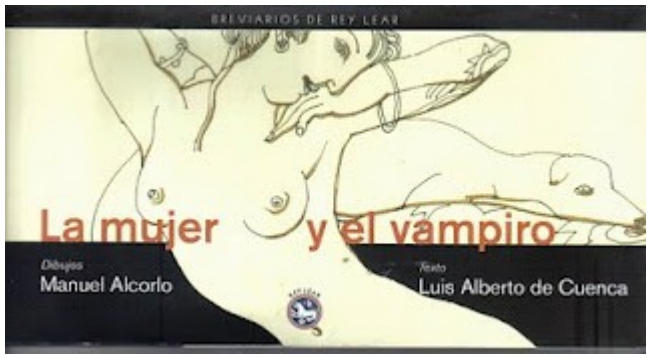
Embrujado jardín es una antología de su poesía desde 1970 a 2010, y en ella encontraremos poemas publicados en *Elsinore*, en *Scholia*, en *Necrofilia*, en *La caja de plata*, en *El otro sueño*, en *El hacha y la rosa*, en *Por fuertes y fronteras*, en *Sin miedo ni esperanza*, en *La vida en llamas* y en *El reino blanco*, éste último, comentado no hace mucho en esta misma sección. Con prólogo de Pablo Méndez, donde nos confiesa su *luisalbertodecuencaadicción* y otros vicios más o menos confesables, encontraremos alguno de esos poemas que ya forman parte de la historia de la poesía en España y que los buenos catadores sabrán apreciar el buen gusto del antólogo en la elección del contenido de este pequeño frasco de esencias poéticas. ¿Qué pueden faltar algunos o sobrar otros? Por supuesto, pero Pablo Méndez nos explica por qué estos sí y otros no.

Así nos lo cuenta: "*En esta antología, Embrujado jardín, he revisado uno a uno todos los poemas de Luis Alberto y he seleccionado los que más me gustaban. Están aquellos que me gustaron tanto en mis dieciséis años y están los que he admirado en mis lecturas de hace semanas*". Ni una palabra más.

Francisco Javier Illán Vivas

LA MUJER Y EL VAMPIRO, DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis Alberto de Cuenca
La mujer y el vampiro
Rey Lear, 2010

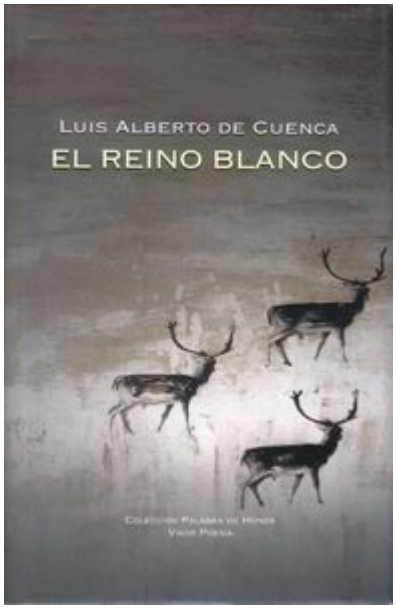


En apenas 60 brevísimas páginas, la mitad de ellas ilustradas, Luis Alberto de Cuenca nos relata una historia poética de veinticinco efímeros capítulos con dos únicos protagonistas: un vampiro y una mujer. Puede parecernos lo más normal, pero si leemos la nota del autor, sabremos que ese vampiro es el *alter ego gozoso del poeta, que es quien monologa de forma fragmentaria en cada uno de esos recortes líricos- y una mujer-insignia de todas las mujeres, que permanece en silencio-* y el motivo de este libro un cuaderno de dibujos, de los muchos con que cuenta Manuel Alcorlo, académico de la Real de San Fernando, donde puede verse una serie de mujeres desnudas codeándose con diferentes animales de compañía. A partir de ese material gráfico Luis Alberto de Cuenca asumió el reto de narrar la brevísima historia poética que nos ocupa, con la limpieza y claridad de trazo que caracteriza a su poesía y que dedicó a Alicia, "*en el año de reconstrucción de su casa, con amor inmortal, que es lo que puede esperarse de un vampiro*".

Francisco Javier Illán Vivas

El REINO BLANCO, DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

Luis Alberto de Cuenca
El reino blanco
Visor
Madrid, marzo de 2010



El reino blanco es el título de la entrega poética más reciente de Luis Alberto de Cuenca, que él mismo nos introduce: "*el título de este libro me lo regaló Marcel Schwod. Consta de noventa poemas escritos entre 2006 y 2009, aunque algunos- muy pocos- son anteriores a 2006*", y que los lectores de *Ágora-Papeles de Arte Gramático* hemos tenido oportunidad de descubrir ya algunos: *Mujeres en ninguna parte*, *Central termoginética*, *Recuerdos de infancia* o *Happy family*, que me vengan ahora mismo a la memoria.

Esta entrega poética es, sobre todo, un canto a las mujeres- algo, por cierto, muy común en la obra poética de De Cuenca-, pero además al amor, y a la pasión que ese sentimiento despierta. Está dividido en diez partes, donde el madrileño ha ido colocando los poemas según como los ha escrito (sirva de ejemplo la parte dedicada a los Haikus o a las Seguidillas), el tema (Sueños, Recuerdos) o la entonación, el tono, que ha pretendido darle al poema.

Dedicado a "Alicia, amazona del verano", antes de entrar el la primera parte, Sueños, nos recuerda que "la muerte es ese desconocido que aparece en las fotografías familiares", por eso tal vez el libro sea también un canto contra el tiempo de la muerte, a favor de la vida y del verano, un verano que se ha terminado cuando escribo este comentario, pero que tiene más de canícula eterna, permanente, como esa alegoría a la Jerusalén inmortal que Michael Moorcock nos presentaba en su Multiuniverso.

La poesía de Luis Alberto de Cuenca se hace cercana al lector, por su claridad expositiva, por los temas cotidianos que nos presenta- destacable *La maltratada*: "...Me quedo/ acurrucada en un rincón del dormitorio,/ esperando que vuelvas y sigas arrasando/ con gestos de desprecio, con golpes y con gritos/ aquel campo de amor que cultivamos juntos"- incluso por tratar lo que llaman temas urbanos, por los tebeos que hemos leído, por las canciones que hemos escuchado.

He leído este libro un par de veces, y volveré a hacerlo en un futuro, porque cuando se tiene cierta edad, ya se sabe, más que leer, se relee lo leído, y sé que volveré a encontrarme con esa delicia de la parte titulada "Puertas y paisajes", y entraré en ella por la Puerta abierta, y me pondré, sin más, a la tarea.

Publicado en Ágora, núm. 21
Francisco Javier Illán Vivas

UN VERSO CON AMIGOS
POEMAS DEDICADOS
A LUIS ALBERTO DE CUENCA

ASALTO

Un asalto de negro y por sorpresa,
un secuestro de amor, nuca a cintura,
desmelenado y súbito, sol de la noche,
embriagado solsticio de alma en vilo.
¿Quién pronuncia tu nombre en esta hora,
marejada de amor, siniestra y bella,
cuando el barco y la vela se hacen uno
y no hay capitán, ni estrella ni gaviotas?
Sólo tu luz, de negro, piel y seda,
se introduce en las aguas de mi noche,
y es mi sueño y el faro de mis sueños
y es el timón que alumbra cuanto anhelo.

Isabel Martínez Miralles

Isabel Martínez Miralles es profesora de Literatura.

E-MAIL A LUIS ALBERTO DE CUENCA

Querido Luis Alberto, soy tan feliz
en tu *reino blanco*. Palabra de honor.

Sin equipaje ni permiso alguno,
ya sabes tú cosas de la amistad,
me he mudado a vivir en tu palabra
(esa, la de *los mundos y los días*)
donde todo son puertas y paisajes,
sueños, haikus y seguidillas.

A ver si así consigo, de una vez,
quitarme de toda la mediocridad
de esta absurda república de poetastros
que se sienten el ombligo del mundo
y que tan mal me caen si lo pienso.

Creo, amigo mío, que este cambio
de domicilio ya es definitivo.

Antonio Marín Albalate

Antonio Marín Albalate (Cartagena, 1955) ha publicado algunos libros que, según sus propias palabras, deja para el fuego. No desea otro destino que escribir un verso muy hondo donde ahogar la nieve de la vida.

SINGLADURA

A Luis Alberto de Cuenca

A lo largo de ese día, el viajero recorre a pie las desoladas llanuras de la tundra, navega en una goleta sorteando gigantescos témpanos de hielo, bucea a pulmón entre silentes bosques de coral y de madrépora, se enfrenta a una horda de caníbales, asciende a la cumbre donde un ídolo de oro le dirá el porvenir, enamora a la hija de un rey, mata a un oso con el mero auxilio de una daga. Es tan sólo al término de esa larga jornada, mientras cae la noche, cuando el viajero escucha cómo alguien le indica, en tono apremiante, que ya es hora de cerrar y que debe abandonar inmediatamente la biblioteca.

Manuel Moyano
(del libro *Teatro de ceniza*, Menoscuarto, Palencia, 2011)

Manuel Moyano (1963), novelista cordobés, afincado en Molina de Segura (Murcia).

LA JOVEN QUE LEÍA CON ASOMBRO A LUIS ALBERTO DE CUENCA

Tenías hambre en los ojos, llenos de júbilo.
Querías beberlo todo, comerlo y verlo todo, oírlo todo.
Me pediste un libro y te lo di al momento.
Ese andar tuyo de caderas infinitas.
Ese moverse tuyo, ese acento argentino recitando.
Llevabas ese día una falda muy corta y sugerente.
Tu pelo, como enloquecido por furor báquico.
Eras la ménade, no hay duda. Musa, o al menos casi.
Tus labios se abrían a las palabras del poeta,
y tus ojos relucían como en una mañana de victoria
sobre los troyanos.

Noelia Illán

Noelia Illán nació en 1983 en Cartagena. Es Licenciada en Filología Clásica y ejerce como profesora en la provincia de Alicante. Colabora en la revista digital http://www.cartagenadetodo.com/ y es creadora del blog http://lascosasmastriviales.blogspot.com/

POEMAS DE IREL BERMEJO INSPIRADOS EN LOS VERSOS DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

DESPUÉS DE TANTA AUSENCIA

"Desde que tú te fuiste, no sabes qué despacio
pasa el tiempo en Madrid. He visto una película
que ha terminado apenas hace un siglo. No sabes
qué lento corre el mundo sin ti, novia lejana."
(L.A.de CUENCA)

Después de tanta ausencia
yo te esperaba.
Madrid se había vaciado
y era un solar sobre el que volaban
aviones procedentes de Barajas;
quizá en uno te marchaste.
Me asomé por la ventana
y, frente al Retiro, los muros
y los rascacielos no se levantaban;
ni el Paseo de la Castellana
estaba ahí para verte llegar.
Sólo la Cibeles ocupaba
un reducido espacio
en el amplio erial
que había quedado de Madrid.
En la fuente estabas desnuda
y habías vertido todo tu perfume,
oliendo a fresa todo el paisaje.
Yo me desvestí.
Naufragué en el mar de tus ojos
que me asaltaban
con olas desmesuradas,
como las buscadas por surfistas
para sus cabriolas.

Después de tanta ausencia,
yo te esperaba.
Lo único que encontré
en mi búsqueda
fue una tumba con tu nombre
y lloré.

De mis ojos brotó un río
donde los peces saltaban
y allí también naufragué
para agarrar tu latido
en el silencio
de las orquídeas.
Tanta ausencia me enloqueció
y no podía entender
si el muerto era yo,
perdido entre la muchedumbre
de la Plaza de Sol.
Me cruzaba con tu imagen
en cada escaparate de lencería
y mis brazos se alargaban,
elásticos, para cogerte
pero el aire se interponía
y ya no estabas.

Irel Faustina Bermejo Hernández, nacida en Molina de Segura, estudió magisterio. Imparte clases de Yoga, Taichí y Teatro. Poeta, ha publicado en diversas antologías. Entre sus libros: *El Hombre era un Monte*, *Reloj de Candela*, *¿Realidad Desvanecida?* y *Realidad Recobrada*. Como actriz, participa en los grupos "Teatro Nueva Era" y "ARTV-TEATRO".

LA BELLA DURMIENTE

"Tú y yo, amor, a caballo, por las suaves
laderas de un crepúsculo dorado."
(L.A.de CUENCA)

Mientras tus labios me susurran al oído,
Observo atento
el mínimo movimiento del bosque,
de cada hoja que vira buscando la luz.
Tú me susurras con voz que arde
pero no puedo detenerme a escucharte
ni a mirar las estrellas en tus ojos.
La luna se ha escondido
y las hadas permanecen ocultas
con sus alas hechas girones.
La niebla blanca nos protege.
Galopamos durante la noche
por las suaves laderas del crepúsculo,
sin ser sentidos
por los seres de la oscuridad.
Te he despertado con un beso
de tu profundo letargo
de cien años.
La rueca sigue girando
dentro de los muros
de un palacio dormido.
Tú y yo, cabalgando lejos,
en busca de un nuevo horizonte.
¡Sigue susurrándome al oído
para no dejarte vencer
por el sopor del sueño,
mi Bella Durmiente!
Cuando los vasallos despierten
descubrirán que te has ido.
Se abrirán postigos y ventanas,
se despertarán las enredaderas del castillo
y la luz entrará en todos los aposentos.
Tú serás una princesa liberada de su maleficio.

Irel Faustina Bermejo

EL AMIGO DEL POETA

A Luis Alberto de Cuenca

Hay un hombre que a diario encuentra
un gozo que en cada cosa que toca.
Cuando da en el saludo
su risa abierta, nombra el universo,
ordena la mañana indecisa.
Con sus pasos en la niebla
o bajo el sol, las vocales
vuelven a escribirse
más seguras en el cuaderno.
Le siguen los niños serios
y el calor del pan reciente.

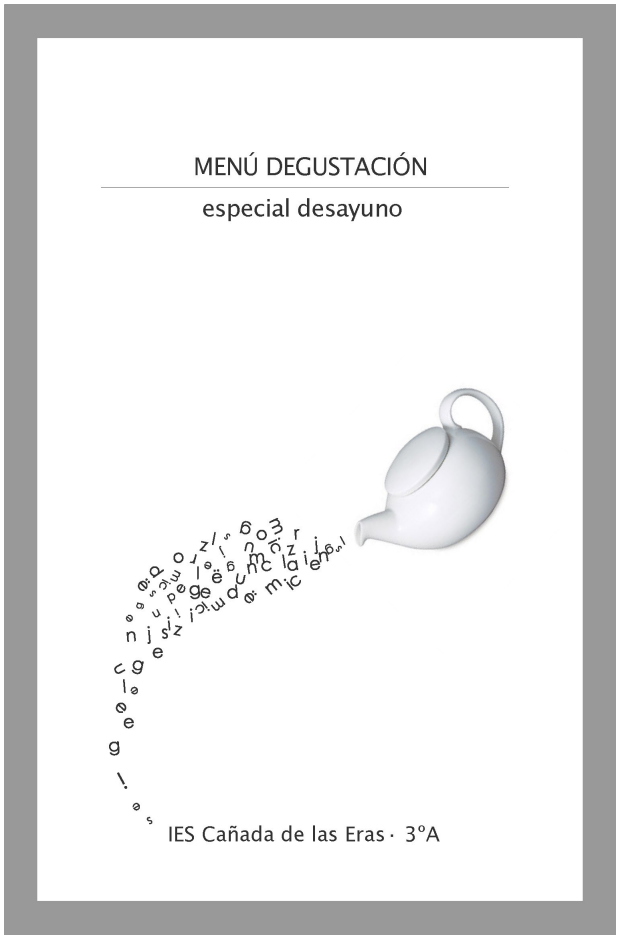
Fulgencio Martínez

Fulgencio Martínez es autor de *El cuerpo del día* (Renacimiento, 2010), donde se incluye el poema "El amigo del poeta". El libro lleva un prólogo de Luis Alberto de Cuenca.

LE PETIT DÉJEUNER ANTOLÓGICO EN TORNO AL POEMA "EL DESAYUNO"

*LUIS ALBERTO DE CUENCA: POESÍA DE IDA Y VUELTA. APROXIMACIÓN DIDÁCTICA.*LA ANTOLOGÍA

Por Marta Zafrilla



1. La poesía como camino

Se afirma que la poesía es un género minoritario, de difícil acceso para el lector medio; literatura para unos pocos, al fin y al cabo. El tiempo que llevo impartiendo clases a alumnos de Secundaria me ha hecho corroborar todo lo contrario: la poesía es el género que más puede encandilar a nuestros jóvenes si uno sabe guiarlos con mano diestra y se escogen los textos adecuados. Su densidad, su brevedad, la abundancia de recursos retóricos y su habitual universalidad la hacen idónea para su reflexión en las aulas. No digo esto de forma gratuita, sólo tras comprobar con qué curiosidad se adentran los alumnos en la lectura de poemas de diversidad de autores, épocas y temáticas.

Si algo me gusta compartir con otros docentes es la experiencia enriquecedora de despertar el interés por la lectura en los jóvenes a través de la creación. Creo sinceramente que mediante la escritura puede incrementarse la pasión por la lectura. Tras conocer los recursos líricos, analizar diversas formas y estructuras y leer bellos versos, animo siempre a mis alumnos a escribir sus propios poemas. De primeras resulta difícil y, dicho con distancia, parece imposible que adolescentes que apenas han leído puedan llegar a crear imágenes poéticas.

Pero he podido comprobar que con paciencia y, sobre todo con mucho entusiasmo, si se brindan las herramientas adecuadas hasta el menos interesado de los alumnos llega a crear lindos fragmentos.

La idea de partida que aquí presento se la copié a Aurora Gil Bohórquez (las buenas ideas siempre hay que copiarlas, sobre todo cuando se ceden tan generosamente). Ella me habló de un sencillo ejercicio de lectura y análisis del poema "El desayuno" de Luis Alberto de Cuenca. Su estructura repetitiva permitía emplearla fácilmente después como base de la creación de poemas propios. Tras comprobar lo bien que funcionaba este ejercicio, decidí hacerlo mío y ponerle entusiasmo a esta actividad para intentar transmitir mi pasión por la poesía a los alumnos de Secundaria del instituto Cañada de las Eras de Molina de Segura.

2. La poesía como ejercicio

El análisis de este poema de Luis Alberto de Cuenca era sencillo. Su temática es accesible y su lenguaje cercano. Sumado todo esto a su ameno tono, resultaba ideal para su lectura con adolescentes. Así pues creé un documento para repartir a los alumnos con dos bloques de texto, el poema original por un lado y la base de su estructura por otro. El texto original, publicado en el poemario *El hacha y la rosa* en 1993, dice así:

El desayuno

Me gustas cuando dices tonterías,
cuando metes la pata, cuando mientes,
cuando te vas de compras con tu madre
y llego tarde al cine por tu culpa.
Me gustas más cuando es mi cumpleaños
y me cubres de besos y de tartas,
o cuando eres feliz y se te nota,
o cuando eres genial con una frase
que lo resume todo, o cuando ríes
(tu risa es una ducha en el infierno),
o cuando me perdonas un olvido.
Pero aún me gustas más, tanto que casi
no puedo resistir lo que me gustas,
cuando, llena de vida, te despiertas
y lo primero que haces es decirme:
«Tengo un hambre feroz esta mañana.
Voy a empezar contigo el desayuno».

Luis Alberto de Cuenca

La estructura que servirá para el ejercicio se presentaba de la siguiente forma:

Me gustas cuando…,
cuando …, cuando …,
cuando …
y ….

Me gustas más cuando …
y…,
o cuando …,
o cuando …
o cuando….

Pero aún me gustas más, tanto que …
cuando …
…
…

Si de primeras se intenta dar la estructura a los alumnos para que escriban solos, éstos pueden perderse un poco. De ahí que resulte mejor el ejercicio si comienza a hacerse de forma conjunta al principio, siendo el profesor quien dirija siempre, procurando fomentar la creatividad y orientar la creación. Para ello leeremos varias veces el poema en voz alta, analizando su contenido, su ritmo, las repeticiones, el tono, el humor. Señalaremos el valor poético de las metáforas y resaltaremos su fresco estilo. El acertado tono espontáneo y divertido del poema sirve para eliminar tópicos sobre la literatura y especialmente sobre la poesía, que podremos presentar ante los alumnos como actual y divertida. Advierto que muchos no caen en una primera lectura en la broma picarona de los últimos versos. Es esta una ocasión ideal para animar a la interpretación y crear un ambiente distendido. Cuando nos hayamos empapado bien con su atmósfera poética (pueden leerse antes otros poemas del autor como complemento) comenzaremos el ejercicio.

El profesor ha de llevar siempre las riendas de la actividad y previo a la puesta en práctica de la actividad se establecerá que nadie ha de reírse de las propuestas de los compañeros para así no cercenar la creatividad. Debemos guiarlos dando opción al grupo a dejarse llevar por la inspiración y para ello favorecer la libertad de expresión con tono distendido. Recordemos que este ejercicio debe dejar claro que la escritura (especialmente de poesía) puede ser divertida. Saldrán sin duda propuestas absurdas, sobre todo si se ha sabido abrir sus mentes hacia lo inesperado, pero entenderemos toda propuesta como productiva al haber definido el amor mediante el poema original como la suma de detalles absurdos, el cúmulo de pequeñas cosas que nos enamoran de alguien. No hay que emitir entonces juicios críticos; toda propuesta resulta interesante para el ejercicio, pues de todas las opciones podemos recoger una imagen, alabar el ritmo o servir como apoyo para redirigir la creación colectiva.

El profesor anotará en la pizarra los versos que más le convenzan mientras los alumnos la copian como ejemplo en su libreta. Se irá construyendo así verso a verso el poema, recordando si fuera necesario el texto original para continuar la creación. La unidad debe lograrse releyendo cada verso y eligiendo las alternativas más indicadas. El tema del poema, tan definido, ayuda a lograr la unidad de la creación. El final, si no surgiera ninguna idea que cierre dignamente el ejercicio, puede copiarse literalmente.

3. La poesía como producto

La fructífera experiencia con el texto de Luis Alberto de Cuenca fue más allá que el mero ejercicio de clase. Nuestra querida compañera y jefa de biblioteca Cristina Sánchez logró una visita del autor al IES Cañada de las Eras para ese curso. Pretendí hacer de la visita una fiesta a la poesía y para ello debía producir un evento más allá de la actividad extraescolar o del ejercicio de aula. Se me ocurrió que el vehículo para alcanzarlo sería la producción poética de mis propios alumnos. Así pues, orgullosa no sólo de la creación colectiva sino también y aún más intensamente de las producciones individuales, creí oportuno editarlas como merecía.

Usando un programa de maquetación de textos y jugando con el título “El desayuno”, ideé un menú degustación de diferentes estilos e imágenes que decoraban el conjunto. Al tener editado un folletito a modo de *plaquette* con sus variaciones del poema de Cuenca, los alumnos comenzaron a apreciar aún más su trabajo, mostrándose orgullosos de sus resultados. Ya no sólo era un ejercicio de clase, pasó a ser un regalo para la novia, un detalle para la madre, un recuerdo para el amigo… Se convertía así el trabajo de creación en un producto impreso que podía tocarse, leerse, regalarse y, lo más importante, su contenido y atractivo aspecto lo convertían en un producto que merecía perdurar en el tiempo, como una auténtica obra de arte.

A modo de ejemplo transcribimos algunos textos que adornaban el conjunto bajo el tema de “El desayuno” y que servían para estructurar el folleto.

Desayuno macrobiótico
- Batido de versos
- Muesli con paradoja
- Anáforas integrales
- Elipsis de apio

Desayuno anglosajón
- Té de verso blanco
- Huevos al endecasílabo
- Estrofa de frutas
- Fiambre maldito

Desayuno continental
- Café con haikú
- Tostadas con pareado
- Bollerías sin título
- Zumo de sílabas

La *plaquette* fue repartida el mismo día de la visita del poeta al instituto y se le entregó al autor como muestra del acercamiento que, tanto a él como a su obra, se había realizado con los alumnos. No quiero dejar de narrar cómo algunos de los chicos, autores de los poemas recogidos en el folleto, se atrevieron a leer de una manera estupenda sus versos ante Luis Alberto de Cuenca y cómo otros fueron leídos por el propio escritor madrileño, alabando los hallazgos poéticos al concluir las lecturas y reconociendo y enfatizando los toques de humor de los poemas. Me enorgullece pensar que lo que comenzó siendo una práctica de lectura y escritura llegó a convertirse en un recuerdo inolvidable para algunos alumnos (y para mí también, para qué negarlo).

4. La poesía como resultado

A continuación mostramos algunos de los resultados de este ejercicio poético. Podrán comprobar que tratándose de alumnos de quince años los resultados fueron mucho más que aceptables: auténticas joyitas líricas. Lo más importante, más allá de la calidad alcanzada, fue sin duda la complicidad con el verso, la conexión con la expresión poética y la creatividad despertada.

Me gustas cuando ríes,
cuando lloras, cuando gimes.
Me gustas más cuando comes,
cuando con esa gracia natural tuya
me sonríes y me guiñas un ojo.
Pero me gustas más, tanto
que no puedo resistir las ganas de besarte,
cuando estás radiante en el desayuno
bebiéndote un zumo de naranja al sol,
o cuando salimos del cine
en una calurosa noche estival
con la promesa de un nuevo
zumo de naranja mañana.

Fernando Collado Ruiz

Me gustas cuando me dices que no me quieres,
cuando me gritas,
cuando dices que casarte conmigo fue un error
y al rato te ríes.
Me gustas más cuando quiero
ir a jugar con mis amigos el partido de los lunes
y me haces quedarme en casa viendo una película romántica
de las que a ti te gustan,
o cuando me toca estar todo un sábado de compras
para que elijas el vestido que te pondrás en la boda de tu hermana
o cuando por fin un día amaneces contenta
y me traes el desayuno a la cama,
o cuando acabo helado de frío en la calle
para que no vuelvas sola a casa del trabajo,
aunque esté a cien metros del apartamento,
o cuando te gasto una broma y tu respuesta
es una marca en la cara durante una semana.
Pero aún me gustas más, tanto que me como por dentro,
cuando te levantas por la mañana y la primera dulce frase
que sale por tu boca es:
"Cariño, prepara la cena, esta noche vienen mis padres".

Gabriel Gil Jiménez

Me gustas cuando me ganas al parchís,
cuando te caes de la cama,
cuando niegas mis defectos
y te inventas los tuyos para consolarme.
Me gustas más cuando oigo tu voz pronunciando mi nombre,
cuando sonríes al verme llegar
o cuando lloras de emoción
o eres divertido incluso para enfadarte conmigo.
Pero aún me gustas más, incluso más que el chocolate,
cuando me tapas los ojos y me susurras:
"Enséñame a bailar y seamos más eternos que la música que suena".

Isabel María García López

Me gustas cuando te callas,
cuando no me vuelves a hablar,
cuando te vas de mi casa
y no vuelves a entrar.
Me gustas más cuando te enfadas
detrás de una discusión,
cuando le gritas al perro
que te he roto el corazón.
Pero aún me gustas más
cuando solo y asustado
huyes a otro lugar
esperando mi perdón.

María Garres Sánchez

Me gustas cuando te ríes,
cuando entro en tu casa y tu padre me mira
y llego tarde a la mía
por si al salir tu padre me mata.
Me gustas más cuando hace frío
y tus caricias y abrazos me calientan,
o cuando hace calor y aún así te pegas a mí.
Pero me gustas más aún
cuando llevamos una tarde solos hablando
y me dices si es que no te voy a besar
y yo me abalanzo sobre ti.

Enrique Nicolás Meseguer

Me gustas cuando te ríes,
cuando me miras con tus ojos castaños,
cuando me abrazas, me besas
y me das calor en medio de la nevada.
Me gustas más cuando me sorprendes
con un te quiero al oído
o cuando me sacas una sonrisa
en medio de un día gris
o cuando sustituyes las lágrimas por golosinas
y creas el mundo en un instante.

Pero aún me gustas más
cuando vamos al cine
y entre escena y escena
haces de mi vida un paraíso
de una sola palabra:
amor.

Carmen De Arce Guerrero

Me gustas cuando te levantas por las mañanas
y me sonríes con esa cara de inocente.
Me gustas cuando salimos con tus amigas
y siempre estás mirándome con cara deseosa.
Me gustas más cuando te enfadas conmigo
por no sacar al perro (tu enfado me gusta).
Pero aún me gustas un poco más cuando vamos al cine
y tú te comes todas las palomitas y no me dejas nada
(eres una leona).
Pero cuando más me gustas es cuando después de cenar
yo pregunto: "¿Y el postre?"
y me respondes: "El postre eres tú".

Alejandro Espinosa Rodríguez

Me gustas cuando me tomas de la mano,
cuando me abrazas con tu sonrisa,
cuando levemente hacia mí te inclinas
y me acaricias la mejilla.
Me gustas más cuando te veo por las mañanas
y me saludos y me mandas un guiño,
o cuando me sonríes y te sonrío,
o cuando perdonas mis estupideces con la mirada.
Pero aún me gustas más, mucho más,
cuando me abrazas por detrás
y me aprietas contra tu pecho
y me susurras al oído:
"Te quiero sin madejas, mi vida es tuya.
No me separaré jamás".
Pero mi respuesta aún no te la he dicho.

María Arnaldos Carrillo

Me gustas cuando cantas canciones extrañas,
cuando escribes sin sentido palabras variadas,
cuando le dices a la gente “pesada”.
Me gustas más bailando con falda,
aunque también bailando de espaldas
y sin mirarme a la cara.
Pero aún me gustas más cuando me dices:
“Te quiero”.

Isabel Mª Martínez Hernández

Me gustas cuando dices que ya no te gusto,
cuando llegas tarde y me pones nerviosa,
cuando me llamas hermosa y apestosa.
Me gustas más cuando me pones excusas tontas,
cuando me dices que te gusto,
pero que no estoy en mi punto.
Pero aún me gustas más cuando me dices:
“Olvídame, yo no sabía lo que hacía.
Olvídame, la culpa ha sido toda mía.”

Ana Vives Lull

Me gustas cuando me pegas pequeñas bofetadas
diciéndome “Ains, qué tonto”,
cuando miras al cielo y me miras con tu mirada perdida,
cuando haces comparaciones criticándome
mientras yo me río.
Me gustas cuando te tiras a mis brazos
y me dices: “Hoy llegas 34 segundos tarde”,
cuando ves que me acerco sigilosamente para asustarte
y me pillas desprevenido con un grito que me asusta aún más a mí.
Pero aún me gustas más de lo normal cuando
me pongo a hacer volteretas y a tirarme por el suelo
gritando como un loco: “¡¿Dónde está el gato?!”
y tú te ríes haciendo que quede en ridículo de una buena forma.
Pero cuando más me gustas es cuando
por la mañana estoy en la cama durmiendo
y me gritas fuertemente al oído:
“¡¿Dónde está mi desayuno?!”

José Antonio García Serrano

DESAYUNO ANGLOSAJÓN

Isabel María García López
Isabel María Martínez Hrnández
Ana Vives Lull

3 €

DESAYUNO CONTINENTAL

Carmen De Arce Guerrero
Alejandro Espinosa Rodríguez

3 €

DESAYUNO BUFFET

María Arnaldos Carrillo
María Garres Sánchez
Enrique Nicolás Meseguer

3 €

DESAYUNO MACROBIÓTICO

José Antonio García Serrano
Gabriel Gil Jiménez
Fernando Collado Ruiz

3 €

Marta Zafrilla (Murcia, 1982) es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas.
Ha publicado cuentos y la novela *El mensaje cifrado* (SM, 2007), además varios libros de poesía.

Luis Alberto de Cuenca en la puerta de la Biblioteca Salvador García Aguilar (Molina de Segura)

MONOGRÁFICO DEDICADO

A LUIS ALBERTO DE CUENCA

Ilustración de Mª Carmen pujante sánchez